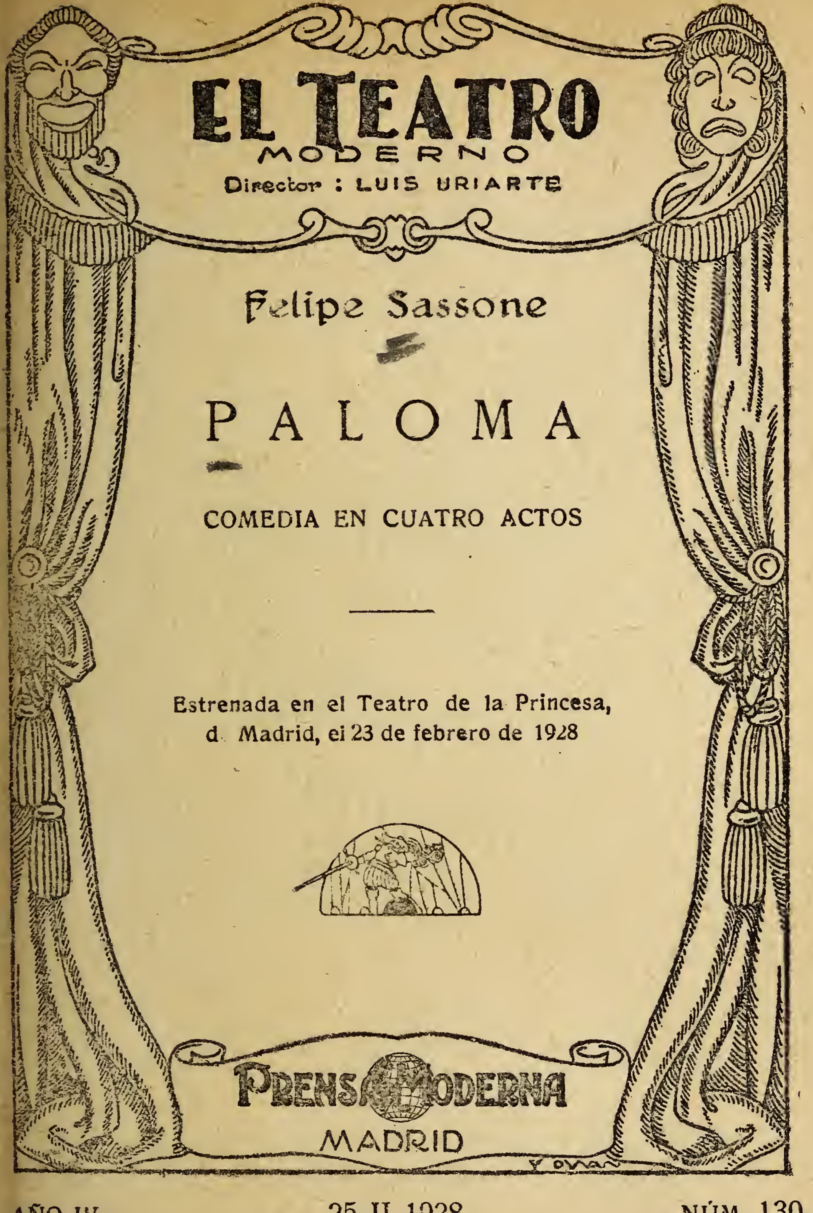
EL TEATRO MODERNO

8155



4

50 CENTIMOS



EL TEATRO MODERNO
Director : LUIS URIARTE

Felipe Sassone

PALOMA

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

Estrenada en el Teatro de la Princesa,
d Madrid, ei 23 de febrero de 1928

PRENSA MODERNA
MADRID

AÑO IV 25-II-1928 NÚM. 130

Para el gran Espíritu de Alejandro Mackinlay—Lírico amigo del Ensueño.

Querido Alejandro:

En tu finca, "Dehesa de Pinos Altos", en dos días de paz inolvidable, al calor cordial de tu hospitalidad, di cima a esta obra. Si algo hay en ella, es que se le pegó de la elegancia y la finura de tu persona y de tu casa. Que esta "Paloma", si no se remonta en un cielo de arte, vuele siquiera de cuando en cuando a tu recuerdo con la gratitud, la admiración y el cariño del camarada y del amigo

Felipe Sassone.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Paloma...	*María Palou.*
Fanny Deloche...	*María Isabel Pallarés.*
Rafaela...	*Camino Garrigó.*
Chacha Curra...	*Araceli Sánchez Imaz.*
Manuel...	*Teófilo Palou.*
Javier...	*Vicente Soler.*
El doctor Alegre...	*Angel Béjar.*
Don Bernabé...	*Santiago García.*
Il Marchese Fiorenzani...	*Maximino Fernández.*
Un conserje...	*José María Lado.*
Los dos hijos de Paloma...	*N. N.*

La acción, en nuestros días.—Primero, tercero y cuarto actos, en Madrid.—El segundo, en Buenos Aires.

ACTO PRIMERO

Habitación amplia, que un tiempo fué el cuarto de estar y de costura de Paloma, y aún le quedan vestigios, y se ha convertido en el gabinete de trabajo de Manuel, escritor. Puerta al foro, a la izquierda, que da a un pasillo. Puerta lateral izquierda, al centro. En la pared de la derecha corre un ventanal grande, por el cual se ven algunos edificios y el cielo de Madrid. Al fondo, en el centro, chimenea, una mesa grande de escribir llena de papeles, libros y diccionarios, con un sillón detrás, de frente al público. Delante de la mesa dos butacones cómodos, haciendo *pendant*. Encima de la chimenea un busto de Beethoven, bronce o mármol, y un búcaro con violetas. A la derecha, primer término, al lado del ventanal, un musiquero lleno de partituras y piezas de música. A la izquierda, en primer término, antes de la puerta, un diván turco adosado a la pared, debajo de una repisa con muchos libros. En la misma pared, en último término, un estante con libros. Libros, también, amontonados debajo de la mesa de escritorio. Encima del musiquero, una bandeja con una botella de coñac, vasos y un sifón. En la pared, en un sitio visible y en un marco dorado, un cuadro de asunto musical, copia de esos grabados en acero tan conocidos: "El sueño de Mozart", "El pequeño Haydn" o "La famosa sonata de Beethoven", del salón de París. Es en Madrid y en un mediodía de invierno, que manda su luz desde el ventanal.

ESCENA I

PALOMA y RAFAELA y LOS NIÑOS, que hacen salida por la lateral izquierda. Paloma es una mujer de treinta años, en la plenitud de su dulce y serena hermosura. Rafaela, su hermana, mayor de diez años lo menos, una solterona feminista que va diciendo claro, con su indumento, su condición de marimacho. Los niños, hijos de Paloma, siete y seis años, vestidos iguales, de marinera.

PALO. ¡Ole mis marineritos en tierra! ¿Habéis dicho adiós a papá?

RAFA. Sí, y no les ha hecho caso.

PALO. Calla tú. *(Arrodillándose entre sus hijos, a los cuales abraza.)* ¿No os ha hecho caso papá? ¿No? ¡Mira qué lástima! Pues yo sí os hago. Papá está muy ocupado; tiene que trabajar. ¡Venga un beso muy apretado! ¡Y otro tú! ¡A ver quién besa más fuerte a la mamaíta!

RAFA. Déjalos, mujer, son niños, pero tienen que ser hombres: es malo besuquearlos tanto. Si fueran chicas, que es lo que yo quería...

PALO. ¡Qué odio al hombre!

RAFA. ¡Para la falta que hacen!

PALO. Estos sí, caramba. Son muy chiquititos; pero son toda mi vida.

RAFA. Sí, sí, los hijos del amor... De tu amor por ese... hombre.

PALO. ¡Mi marido, Rafaela!

RAFA. ¡Qué más da! ¡Hombre!

PALO. ¿Te quieres callar?

RAFA. Y marcharme, que ya es tarde. Van a dar las doce.

PALO. *(A los niños.)* A ser buenecitos, ¿eh? Le daréis un besito al tío Joaquín y otro a la tía. Y a no pedir nada, ¿entendéis? Los niños buenos nunca piden. ¡Vaya! *(Los besa otra vez y se levanta. Ya en la puerta del foro dice a su hermana:)* De paso, a la vuelta, te llegas al Banco y haces la liquidación. Le das el dinero a Manuel, como siempre.

RAFA. Le doy a Manuel el suyo y a ti el tuyo, porque...

PALO. Bueno, mujer, bueno, anda. *(Besando a los chicos otra vez.)* Adiós. *(Se queda en el quicio de la puerta viendo cómo se van, los saluda con la mano y dice para sí suspirando a la vez que baja al centro de la escena:)* ¡Ay, mis pedacitos!

ESCENA II

PALOMA y, a su tiempo, el DOCTOR ALEGRE, por el foro. Paloma arregla con mucho cuidado los papeles de la mesa y trae a ella la bandeja con el coñac y el búcaro con las flores. Luego, con plumerito muy pequeño, quita el polvo. En el foro aparece el Doctor Alegre, don Julio de Albornoz, hombre de unos sesenta años, elegantísimo y distinguidísimo: la tez rasurada, el cabello como la plata, la voz queda, la dicción lenta, llena de bondad. Anda con menos firmeza y más encorvado que lo natural a su edad, pero suele hacer un esfuerzo y erguirse cuando le conviene.

ALEG. ¡Paloma, Palomita!

PALO. ¡Don Julio! *(Yendo a él muy afectuosa.)* ¡Mi doctor Alegre!

ALEG. ¡Aquí, más alegre que nunca! ¡Aquí hago honor a mi mote! El doctor Alegre es tal, porque no tiene que curar a nadie. ¿Y el gavilán, bueno?

PALO. Loco, don Julio; loco furioso porque ha empezado a escribir otra novela. Ya sabe usted cómo se pone.

ALEG. ¡Ya! ¡Bien! No me necesita. ¿Y los pichones?

PALO. ¡Tan guapos! ¡Hijos míos! A casa del tío Joaquín se acaban de ir con Rafaela.

ALEG. ¡Pues nada! El doctor Alegre... alegrísimo. *(Se sienta y mira la habitación.)* Pero, Paloma, ¿qué cambio es éste? ¡Esta no es tu jaula!

PALO. Ya no; es la del gavilán, como usted le llama. Hace unos días Manuel me planteó el problema. Que en su despacho no podía escribir; que el tecleo de mi piano y los estudios de mis discípulas lo volvían loco. Más loco, dije yo. ¡No quiera usted saber lo que chilló: desde Orfeo a... Jacinto Guerrero no dejó músico con cabeza! Sobre todo a Wagner y Strawinsky, yo no sé cómo se acuerda de todos, los puso como hojas de perejil.

ALEG. Y con un poco de razón, ¿no crees?

PALO. ¡Ya ve usted! He utilizado para su escritorio mi cuarto de costura. Aquí cierra esa puerta gua-

tada, y ya no me oye. Eso sí, para castigarlo, le he puesto ese busto, porque con él no puede atreverse. Con Beethoven, no. Sería un contrasentido. ¡En dos de sus novelas más famosas lo elogia tanto!

ALEG. Bueno, bueno; pero ahora, pregunto yo: ¿hasta cuándo vas a ser profesora de piano sin necesidad?

PALO. ¿Cómo sin necesidad? ¿No dicen ustedes que no sólo de pan vive el hombre? Pues la mujer igual. Enseñar el piano es... una necesidad de mi espíritu. Todo el amor de mi vida, el único, fué la música... hasta que encontré a Manuel. ¡Al gavilán!

ALEG. Supongo que no te quejarás de la sustitución: entre amar al arte y amar a su marido...

PALO. No, desde luego, porque quiero a mi Manuel con toda mi alma; pero en ella caben perfectamente los dos amores: el suyo y el de mi arte. Y puesto que él no me ha dejado exhibirme en un teatro, que era mi sueño, emocionar, enardecer a una multitud, sentir la caricia del aplauso, he refugiado mi afición en la enseñanza.

ALEG. ¿Y no te valdría más que enseñar a extrañas, por un dinero que no te hace falta, dedicarte de lleno al cuidado de tus hijos? Ellos son tu mejor obra, Paloma.

PALO. Son obra de Dios, del amor, don Julio; obra de mi entendimiento, son sólo mis discípulas. Tengo muy pocas, y escogidas. Las veo balbucir, deletrear, solfear primero los estudios de Diabelli, y luego crecer en su arte, y leer a Bach, a Beethoven, a Listz, a Chopin, e interpretarlos y sentirlos, ¡y son mis hijas! Hay una de mis discípulas, Fanny Deloche, que antes del año va a ser el asombro de los públicos. ¡Ya ve usted qué alegría! Enseñar a las pobres mujeres un oficio que es también un arte, y tener yo también uno, ganarme algo que es mío, mío, y será mañana de mis hijos, dado por mí, ade-

más de lo que se gana su padre. ¡Trabajar! Que en mi cédula diga, profesora de piano, y no, sus labores, como en las de otras mujeres que dulcemente, acaso sin saberlo, conspiran, encerradas en la cueva del hogar, contra el progreso humano.

ALEG. ¡Bravo, bravo! ¡Lindo discurso! ¡Qué barbaridad

PALO. ¿Se burla usted?

ALEG. Me río, hija. Pues no que no.

PALO. Pero...

ALEG. ¡Ay, Paloma, Paloma, qué vuelo! Es un vuelo de halcón. Eso no se coció en tu cabecita. Entre la literatura de tu marido y los feminismos de tu hermana te han...

PALO. ¡Quite usted! ¡Feminista yo! Si no sé lo que es eso. Mujer, y muy mujer, y española, que es ser mujer dos veces. De padres andaluces y de tierra castellana. Sevillanos ellos y salmantina yo. ¡Soy una mujercita de oro, don Julio! ¡Oro de las piedras de mi Salamanca, oro del sol de su Sevilla!

ALEG. ¡Bah, literata, literata!

PALO. ¡Española, don Julio! Y un poco mora todavía, a pesar de ser cristiana. ¡Y conservadora a machamartillo! Mi matrimonio indisoluble, con iglesia y notario, y bendiciones y firma; mi pelito largo, mi falda no tan corta, mi misa los domingos y fiestas de precepto. Ahora... que en cuanto a trabajar... mi religión no me lo impide.

ALEG. No estamos conformes; no, señora. El hombre es el que ha de trabajar para la mujer. Es decir, el hombre que tiene mujer; yo no, que no la tengo. Ella, las labores propias de su sexo. ¡Sus labores, aunque te indignes! Y sus labores son... tener hijos y criarlos. Nada de mecanografía, ni de oposiciones, ni de política, ni de profesorado, ni de callejeo. La mujer casada, la pierna quebrada.

PALO. ¡Y cómo la tengo yo! Yo no bailo el charles-

tón, don Julio; yo toco el piano y las piernas no me sirven para nada.

ALEG. Pues... es lástima, porque las tienes muy bonitas.

PALO. ¡Cochino!

ALEG. ¡Ja, ja, ja!

ESCENA III

DICHOS y MANUEL, por la lateral izquierda, que abre y cierra. Cuarenta años vigorosos. Muy galán. Viene vestido de medio cuerpo abajo y lleva un batín muy elegante.

MANU. ¡Caramba, Juliazo! Aquí solo, de palique con Paloma.

ALEG. ¡Qué quieres, gavilán! Cuanto más viejo más... aquello. Estaba proponiéndole la fuga.

MANU. ¡Hombre! ¡Creí que eras mi amigo; pero no tanto!

PALO. ¡Canalla! Todo lo sacrificas a un chiste.

ALEG. Es el humorismo que le brota. Pues en serio, bien podría proponerle la fuga: me voy a Buenos Aires.

PALO. ¿A Buenos Aires?

ALEG. Sí, a Buenos Aires, a Buenos Aires. Como eres tan parlanchina, no me has dado tiempo de decírtelo.

MANU. ¿Y eso?

ALEG. Triunfo del doctor Alegre. Gran Congreso Internacional antituberculoso. Representación de España: "moi", por no decir mi menda, que es demasiado chulo.

PALO. Pues enhorabuena.

MANU. ¡Vaya, hombre!

ALEG. Y que voy a hacer célebre allá también mi mote. ¡El doctor Alegre, eutrapélico especialista! ¡Inyecciones de optimismo y buen humor! ¡Nadie se muere! ¡Médico donjuanesco capaz de curar a la misma Dama de las Camelias! ¡Verás *(A Paloma.)*, verás tú las señoras porteñas! ¡Ahora sabrán lo que es un médico español!

¡Pondré el mingo entre la "élite" bonaerense! ¡Elegantísimo, distinguidísimo y solterísimo!

PALO. ¡Jesús, Jesús!

ALEG. Un poco viejo me coge. *(Se entiesa y canturrea pavoneándose.)*

"Pero que, poniéndome mi frac,
soy un tipo gentil
de carácter jovial
a quien mima
la sociedad."

(Acaba con un golpe de tos.)

PALO. ¿A qué seguir? ¿A qué le vamos a decir a nadie: "de este silbante la abuela murió", si ya se supone?

ALEG. ¡Ja, ja, ja!

MANU. Bueno, ¿y cuándo es el viaje, Juliazo?

ALEG. Dentro de cinco días. Embarcamos en Barcelona, en el "Cap Polonio" o "Cap Arcona", no recuerdo bien. Sé que es un Cap. ¡Figúrate lo que nos vamos a marear!

MANU. ¡Mucho, mucho!

PALO. ¡Qué chistecito, don Julio!

MANU. ¿De manera que ésta es una visita de despedida?

ALEG. Claro está...

MANU. Pues, nada. Esta noche comes con nosotros, ¿eh?

ALEG. ¡Muchas gracias! Y ahora me largo, ¿no es eso?

MANU. ¡Hombre!

ALEG. ¡Nada! A mí con media palabra me basta. Me invitas para esta noche y me despides ahora.

MANU. Pero...

ALEG. Calla, calla. Tú no has salido aquí por capricho. Tenemos novela nueva, me lo ha dicho Paloma, y vienes a trabajar..., y yo no le hago a las letras nacionales el feo de importunarte. Conque... ¿Palomita?

PALO. Yo también ahueco el ala, don Julio. Yo también. No tadará en venir Fanny.

ALEG. ¿Es el futuro fenómeno pianístico a que te referías?

PALO. El mismo. Fanny Deloche. ¡Nombre de teatro! Una chiquilla encantadora.

ALEG. ¿Sí? *(A Manuel.)* ¿A ti qué te parece?

MANU. Un dechado de soberbia y de presunción.

PALO. No le haga usted caso. Le tiene manía, pobre chica.

ALEG. ¿Sí, eh? *(A Paloma.)* Pues mejor para ti. ¡Muy bien! *(Tendiendo la mano a Manuel.)* ¿Hora de cenar?

MANU. Las nueve y media, las diez... Cuando quieras. Te esperamos.

PALO. ¡Bueno! Todo esto sin prevenirme y sin consultar conmigo. Gracias a que es usted de confianza, y comerá... lo que haya.

ALEG. ¡Ca! Eso sí que no. O me prometes darme bien de cenar o no vengo. Para comer mal, como en casa. Son las doce, tienes todo el día de tiempo.

MANU. Sí, hombre, sí.

PALO. Pues usted dirá lo que quiere.

ALEG. ¿Yo? ¡Manjares! Claro es que todos son manjares; pero en fin, ya me entiendes. Paté, trufas, vinos múltiples y variados... todo lo que yo le prohibo a los artríticos.

PALO. Pero, don Julio.

ALEG. Calla, calla. Todo lo agradable, o es pecado o hace daño. Hay que resignarse. A mí me dais bien de comer: ¡soy un sentimental! *(A Manuel.)* Hasta luego, ¡y buena mano! ¿Vienes, Paloma?

MANU. Tú, si empieza el pianito, cierra la puerta del salón.

PALO. ¡Sí, hombre, sí: la del salón y ésta! *(Mutis con don Julio, foro, cerrando la puerta.)*

ESCENA IV

MANUEL, solo; luego, RAFAELA, foro.

MANU. *(En medio de la escena, pensativo, dice para sí:)* ¡A Buenos Aires! ¡Lejos! ¡Quién pudiera irse lejos! ¡En fin! *(Se dirige a la mesa, repasa de pie unas cuartillas, las deja, enciende un pitillo y se sienta a escribir.)*

RAFA. *(Entra por el foro y cierra la puerta.)* Perdona.

MANU. ¡Vaya por Dios!

RAFA. ¿Molesto?

MANU. Sí.

RAFA. Lo siento.

MANU. Yo más.

RAFA. ¿Estabas trabajando?

MANU. Iba a empezar.

RAFA. Pues aguarda un poco y me atiendes.

MANU. Te atiendo... muy poco. ¿Qué hay?

RAFA. Que vuelvo del Banco; esta liquidación de los valores nuevos; las acciones de...

MANU. No estoy para liquidaciones ahora.

RAFA. Es que tengo que entregarte un dinero. El tuyo, claro. El de Paloma se lo daré a ella.

MANU. Pues dáselo todo a ella y déjame en paz. Así acabamos antes.

RAFA. También acabaríamos antes dándotelo todo a ti. Pero no sería justo.

MANU. Bueno, bueno; está bien. *(Se pone a escribir.)* Dáselo a ella.

RAFA. No sería justo, porque lo tuyo es tuyo; pero lo suyo es suyo.

MANU. *(Levantándose.)* ¡Uf! Frase del sabio Salomón.

RAFA. ¿Ah, sí? Pues es cínico que quieras burlarte. Aquí en esta casa hay mujeres que saben ser mujeres y no necesitan del hombre, gracias a Dios. Aquí todas trabajamos, mi hermana y yo. Cada una se gana lo suyo.

MANU. *(Que se pasea muy malhumorado.)* Y yo el cielo por aguantaros.

RAFA. ¿Por aguantarnos? ¡Pero tendrás valor! No sé lo que le aguantas a mi hermana, que es tonta la pobre.

MANU. ¡Rafaela!...

RAFA. Que si no fuera por mí, que la defiendo y la aconsejo siempre, no tendría un oficio, como tiene; no sería profesora de piano, ni tendría seguro su porvenir.

MANU. ¡Su porvenir! ¿Pero qué dices?

RAFA. Digo lo que digo. Que si te piensas que está desamparada mi hermana, no lo está. Que yo soy para ella como una madre.

MANU. Sí, y como un padre. Padre sobre todo; no hay más que verte.

RAFA. ¡Gracioso! Si aludes a mi manera de vestir y a mi carácter varonil, no me ofendes.

MANU. ¡Bah, déjame en paz! Eres un...

RAFA. ¿Un qué? ¡Anda, dílo, dílo! ¿Por qué no lo dices? Un marimacho, ¿no es eso? ¿Por qué no lo dices? Es la de todos: en cuanto se encuentran con una mujer que no se resigna a que vosotros los hombres monopolicéis el talento y la voluntad y el mando, y no se deja engatusar ni enamorar, ¡no te rías!, ni enamorar, salís con la palabra: marimacho, marimacho... ¡¡Pues mejor marimacho que esclava!!

MANU. *(Que se ha sentado en el diván y la mira con una cara muy particular.)* Bueno, Rafaela, ¿es que vienes a pelear?

RAFA. ¡No, ni que estuviera yo loca! ¿Con quién iba a pelerar, contigo? ¡Si en cuanto vieras que iba de veras me dirías que no podías reñir... con una mujer! Es el grito de vuestro miedo: ¡es usted una mujer! Pues mujer, sí; pero con pantalones. Ah, ¿te ríes?

MANU. ¿Y qué voy a hacer? ¿Voy a ponerme a boxear contigo? ¡Por Dios!

RAFA. Si ya sé que no te atreves; que de hombre no tienes más que...

MANU. *(Muy enérgico.)* ¡Basta, Rafaela!

RAFA. Muy bien, basta. Basta cuando te haya dicho que eres un ¡canalla!

MANU. *(Poniéndose de pie.)* ¡Rafaela!

RAFA. Que si mi hermana es ciega, yo no lo soy. Que la Fanny ésa te trae loco, hecho un cadete...

MANU. ¡Te prohibo que sigas! Fanny es una señorita.

RAFA. ¡Toma, mientras no me digas más que eso! Fanny es una señorita; pero tú no eres un caballero.

MANU. Eso...

RAFA. Ella no te hace caso, ya lo sé; pero tú... Bien se te van los ojos tras ella, y las manos... Gracias a que ella no se deja alcanzar.

MANU. Es que...

RAFA. Y ahora soy yo la que dice basta. Por hoy, pero ándate con ojo, ¡don Juan! Y voy a llevarle todo el dinero a Paloma. Ya que no tiene tu amor, que no sé para qué lo quiere, que tenga tu dinero. ¡Qué asco, qué asco! *(Se va con gran majestad cómica y deja la puerta del foro abierta.)*

MANU. ¡Señor, Señor! ¿Y quién escribe ahora? ¿Quién es capaz de pensar? ¡Uf! *(Va a la mesa, rompe unas cuartillas, enciende otro pitillo, bebe un coñac con sifón y se pone a escribir muy ensimismado.)*

ESCENA V

MANUEL, escribiendo; dentro, las voces de PALOMA y JAVIER; luego, éste.

PALO. *(Dentro.)* ¡Caramba, Javierito! ¡Mucho madrugamos hoy!

JAVIER. *(Dentro.)* Llego ahora de Sevilla. Quería ver a Manolo.

PALO. *(Dentro.)* ¿Y la chacha Curra? ¿Está buena?

JAVIER. *(Dentro.)* A Chacha no la he visto todavía. Llego ahora mismo. Se quedó aquí cuidando la casa. ¿Se puede ver a Manuel, o duerme?

PALO. *(Dentro.)* Ca, hay novela en gestación; el

monstruo, como él dice. ¡Tiene que echarlo fuera!

JAVIER. *(Dentro.)* Pero ¿se le puede ver?

PALO. *(Dentro.)* Sí, hombre, sí; todo ese pasillo al fondo. Una mesa, un sin fin de libros, una nube de humo, y en medio de todo eso, mi marido. *(Una pausa brevísima, durante la cual Manuel sigue escribiendo y aparece en el foro Javier, joven, andaluz, guapo y elegante; apenas si se le conoce el acento.)*

JAVIER. ¡Hola, Balzac! *(Manuel no repara en él.)* Que te estoy llamando, pelmazo.

MANU. ¿Eh? ¡Tú! Pero, ¡Javier! *(Se levanta.)*

JAVIER. *(Abrazándole.)* Yo, hijo, yo. ¿Te habías dormido sentado?

MANU. Intentaba trabajar.

JAVIER. Pues te interrumpo muy poco.

MANU. Todo lo que te dé la gana. ¡No faltaba más! Pero ¿dónde te metes, hombre? Siéntate. *(Se sientan los dos en las butacas que están delante de la mesa.)* ¿Quieres un trago de coñac?

JAVIER. Muy temprano es; pero vamos con él. *(Mientras Manuel le sirve.)* Bueno está. ¡Puro, puro! Para matar el gusanillo. *(Bebe de un trago.)* ¡Brrr!

MANU. Bueno, ¿y cómo tan mañanero?

JAVIER. Pos... ¡verás! De Sevilla vengo y llego ahora mismo. La primera visita para Balzac. ¡A ver si lo convertimos en Molière!

MANU. Pero ¿qué dices, hombre?

JAVIER. Verás. Tú eres el que tiene que decir. ¿Conoces a Emilio Malvert?

MANU. ¿El cómico?

JAVIER. ¡Olé! Pues nada, que le tienes que escribir una comedia. ¡Nada más que eso!

MANU. Pero...

JAVIER. Yo se lo he prometido. Verás... Trabajando está en Sevilla, en el San Fernando. Era de nuestra reunión, y una tarde, en Nueva Erita-

ña, se habló de ti, y el hombre dijo que más que novelista eras... autor dramático.

MANU. ¡Vaya! ¿Y él cómo lo sabe?

JAVIER. Lo habrá adivinado. El caso es que lo dijo, y dijo más: dijo que tendría orgullo en ser el primero que te estrenase una obra, y yo, entonces, como tengo confianza, se la ofrecí en tu nombre, y a decírtelo he venido. ¡A mí no me dejas tú mal!

MANU. ¡Pero, hombre! Yo nunca he escrito para el teatro.

JAVIER. Pos empiezas ahora. ¡Que te va a costar a ti mucho enjaretar ahí una cosa! Si fuera yo, que soy coplero de afición, "dilettante", ¿no se dice así? Lo peor que se puede ser, aficionado. Pero tú...

ESCENA VI

DICHOS y FANNY DELOCHE, foro.

(Es una chiquilla de veinte años; tobillera, rodillera y hasta muslera. Melena a lo garçonne, *aire moderno y ágil y muy elegante.)*

FANNY. *(Que entraba muy decidida, se detiene.)* ¡Ay, perdón!

MANU. Podías haber pedido permiso, Fanny.

FANNY. Como no está usted nunca con la puerta abierta.

MANU. No costaba nada preguntar. Ya sabes que no me gusta.

FANNY. He pedido perdón, y lo vuelvo a pedir.

MANU. Pues podías haberte ahorrado pedirlo preguntando antes.

JAVIER. ¡Pero, Manuel, que estoy yo delante!

FANNY. Malos humores de artista; déjele usted.

MANU. Para intervenir y hablar con el señor podías también haber esperado a que te presentase. *(Presentándolos.)* La señorita Fanny Deloche, discípula de mi mujer.

FANNY. *(Tendiéndole la mano.)* Encantada.

JAVIER. *(Estrechando la mano que ella le ha tendido.)* Javier... González. ¡Apellido ruso! Pero ¿qué le vamos a hacer? No me llamo más que así. ¡González! Y si me pregunta usted el segundo apellido, González, otra vez. ¡Primos que eran mis padres!

FANNY. ¡Ja, ja, ja! ¡Pues tiene gracia!

JAVIER. ¿Que tiene gracia que me llame González?

FANNY. No; tiene gracia usted.

JAVIER. ¡Señorita...! Pos a mí... me hace mucha hacérsela a usted.

FANNY. Gracias. Venía por un libro de música. *(Va al musiquero.)* Este. Y no molesto más.

JAVIER. Usted no molesta nunca.

FANNY. A don Manuel, sí, y por eso me voy. *(Medio mutis.)* ¡Ay, perdone usted, me iba sin despedirme! Todo se pega, hasta la mala crianza. Encantada de verdad. *(Mutis.)*

JAVIER. ¡Y yo, y yo! Manolito, vaya un guayabo. Y tira con bala. Y tenía razón. ¿Por qué la has tratado así? ¡Qué lástima!

MANU. Es una chiquilla necia.

JAVIER. Pero es muy guapa.

MANU. Sí, y toca muy bien el piano; pero no basta.

JAVIER. ¡Pos, chico, a mí, sí! ¡Y ha dejado un olor! ¡Como que me voy a ir oliéndome las manos por la calle! Bueno; pero vamos a lo nuestro. ¿Me vas a escribir la obra?

MANU. ¡Hombre!

JAVIER. Mira que lo he prometido.

MANU. Es que tengo mucho trabajo, Javier, y no sé cuándo acabaré esto, que el editor me apremia. Por eso estoy de mal humor.

JAVIER. Oye, oye, ¿pero es verdad que te pones rabioso cuando se te ocurre una novela?

MANU. Como todo el que sea artista de verdad. La lleva uno en el cerebro y en las entrañas como una obsesión, no sé, como un estorbo. Es... Aquello que Goethe llamaba el monstruo, ¡y hay que echarlo fuera!

JAVIER. ¿El monstruo? ¿Pero, hombre, qué dices? ¿Un

escritor bueno da a luz eso..., monstruos? ¡Eso no puede ser!

MANU. Pues es. Y es la creación más perfecta que logra hacer el hombre, y más suya, porque la hace solo. Mejor que el hijo de carne y hueso, porque éste se engendra sin querer, y el hijo intelectual es la creación voluntaria del artista. En el otro lanzamos a ciegas nuestra semilla por un placer egoísta; en el hijo de nuestro arte hacemos conscientemente florecer nuestro dolor. Somos todo para él: padre y madre, semilla y tierra, vaso y licor, cauce y río, continente y contenido, molde y sustancia. Mientras el uno se engendra con alegría y se tiene con dolor, éste crece con dolor y nace con alegría. ¡Pero aquí no, aquí no! *(Dice esto porque ha oído dentro el tecleo de un estudio de piano.)*

JAVIER. ¿Aquí qué pasa?

MANU. Ese piano. El piano de mi mujer. ¡Oh! *(Cierra violentamente la puerta.)* ¡Es horrible! ¡A todas horas es esto, Javier, a todas horas! ¡Me han hecho aborrecer la música! ¿Cómo es posible trabajar así? ¡He tenido que refugiarme aquí, dejar mi despacho, tan cómodo, tan agradable!

JAVIER. Pero ahora no se oye nada.

MANU. ¡Claro, cerrando no se oye! ¡Pero tengo que tener constantemente el cuidado de cerrar, porque si no el maldito piano de mi mujer me azotará los nervios! ¡Y no es el piano solo! ¡Es mi cuñada, una feminista estúpida que odia al hombre, y como yo soy el único hombre de la casa, figúrate! ¡Es esta vida doméstica, esta vida de hogar, en que me lo consultan todo, minucias, insignificancias, tonterías, las cuentas de la modista, las matrículas de los niños..., todo lo que yo no entiendo, ni sé, ni quiero saber! ¡Y ahora tú vienes a pedirme una obra de teatro! ¡¡Lo más difícil!! Aquí, aquí donde a la poesía la araña constantemente el prosaísmo burgués de to-

do lo que me rodea. ¡Oh, te juro que a veces...! ¡No sé, no sé, a veces...!

JAVIER. ¡Bueno, hombre, bueno! Déjalo ya, que le estás dando cuerda a tus nervios y te pones rabioso sin motivo. Paciencia, hombre. Refúgiate en el amor de Paloma; Paloma es buena.

MANU. Tú lo sabes bien, que tu novia fué antes.

JAVIER. Sí, señor...

MANU. ¡Ah!

JAVIER. ¡Y por ti, y por mí, y por ella sobre todo, no te consiento ni media ironía! Mi mujer querían que fuese; las dos familias lo querían, y ella se resignaba; pero como era resignación y no amor, yo me aguanté el mío y no la quise a la fuerza. Una vez más lo sabes. Otra suerte merecía Paloma, y tú te la llevaste, y buena es Paloma como la que lo sea más.

MANU. Sí; pero no me entiende.

JAVIER. Eso no es tan fácil, Manolo; confiésalo. Buena persona eres; pero claro y sencillo, eso...

MANU. Sí, desde luego, lo comprendo: mi imaginación y mi sensibilidad dominan muchas veces a mi razón, hasta la oscurecen, y soy a la vez egoísta y tierno, entusiasta e injusto, y, sobre todo, desigual. Pero no soy malo.

JAVIER. Y además te conoces; pues a ella déjala que te quiera, que ya es bastante.

MANU. ¿Crees tú? También de eso habría mucho que hablar. El amor tampoco está contento aquí. Sufre..., qué sé yo, el desencanto de la intimidad. La confianza, que cuando es excesiva, mata el amor. El amor, como el arte, sólo quiere vivir de sí mismo, sólo quiere ocuparse de él; y hombre y mujer, sólo debieran juntarse para eso, para el amor, porque si hombre y mujer hablan de sus cosas, de sus necesidades, de cuentas, de la comida, de la casa, de todo lo prosaico, el amor, que es un niño ciego y travieso, y no se entera, pues se aburre, y se asusta, y se va... El amor..., el amor no es esto,

Javier, ni esto es vida, ni esto hay quien lo aguante.

JAVIER. Válgame Dios, ¡y adónde hemos venío a parar! ¡Me dejas de piedra, Manuel!

MANU. ¿Por qué?

JAVIER. Por... ¿A ti te gusta Paloma? *(Pausa.)* ¿Te sigue gustando?

MANU. La quiero.

JAVIER. Pero ¿te gusta?

MANU. ¡Hombre, con la borrachera de los primeros tiempos, no, que eso no puede durar! Pero ¿por qué me preguntas?

JAVIER. Porque... de que le guste o no le guste a su marido su mujer va... este pequeño camino para el marido...: el de ser una buena persona a convertirse en un malvado. No hay peor martirio que ser amado por quien no amamos.

MANU. ¡No lo sabes tú bien! ¡Es insoportable!

JAVIER. Y como yo no quiero parecerte también insoportable, me las guillo.

MANU. No, hombre...

JAVIER. Sí, hombre, sí. ¡A ver si sales de tu cuidado! *(Le tiende la mano, que Manuel estrecha y retiene.)* ¿Puedo decirle a Emilio que le harás la comedia? ¿Darle una esperanza siquiera?

MANU. Sí, puedes decirle que... *(Lo acompaña hasta la puerta del foro, que abre, y en este momento entran en escena los últimos compases de la "Invitación al vals", de Weber, que tocan dentro. Manuel se interrumpe).*

JAVIER. ¿Qué te pasa?

MANU. ¡Calla, espera...! Oye esto... *(Pausa.)* ¡Es Fanny!! ¡¡Toca bien!! ¡¡¡Bien!!! *(Pausa.)* ¡Qué música! ¡Está llena de voluptuosidad! ¡Es como un vértigo, como un torbellino, como un vórtice de lujuria! Los dedos vuelan sobre las teclas. No las toca, ¡las acaricia! *(Los dos están de pie en la puerta, donde quedan silenciosos escuchando. Hasta que a poco termina el número.)*

JAVIER. Oye ¿tú... no estás enamorado de otra mujer?

MANU. ¿Por qué me lo preguntas?

JAVIER. Por..., por nada. Acaso tu mal humor, tu desasosiego, pudieran depender... de eso. Hasta el fastidio que te produce el piano de tu mujer..., que ahora sonó, bajo otras manos, sin fastidiarte.

MANU. ¡Calla! Después de todo, si me enamorase, sólo sería con los sentidos. ¿Mi corazón? ¡Bah! Mi corazón es libre.

JAVIER O no lo tienes. Pero es igual; los sentidos suplen al corazón la mar de bien. Hasta se le parecen. Amor o sensualidad, en el fondo dan lo mismo. ¡Pasión! Para trastornarte, para arruinarte..., ¡lo mismo! *(Pausa.)*

MANU. ¿Para arruinarme? ¡O para divertirme! Yo te juro que esto no será nunca amor. Pero tiene su encanto. La chiquilla está si "cade o non cade". Se exaspera porque le gusto; me exaspero yo porque me gusta. Y como para este combate entre dos deseos que no quieren lo que queiren, ¿entiendes?, no hay ni permiso, ni sanción que lo apruebe, y está todo lleno de obstáculos, esos obstáculos y esta lucha son mi única alegría. Vuelvo a tener deseo de algo como cuando tenía veinte años. ¡Y vuelvo a tener veinte años! Pero te juro que amor, amor, no es.

JAVIER. ¿Vamos a llamar las cosas por su nombre? Es deseo. Pero que no se te olvide: el amor es más serio y más hondo y más respetable y más santo; pero el deseo es más fuerte que el amor. ¡Ten cuidado! Sin que medie el corazón, se te puede enconar un beso. ¡Es mal negocio! Y si luego rompes con ella, que romperás; a lo peor, el recuerdo del instante de placer que ya no vuelve, es la infelicidad de toda la vida.

MANU. ¡Bah! He sido feliz mucho tiempo, y ya me hace falta ser un poco desgraciado. En el fondo, me divierte. Fanny me gusta, chico; pero no la quiero.

JAVIER. De nada te sirve que no quieras a la que te gusta, si luego no te gusta la que quieres. ¡Ten cuidado!

MANU. ¡Eso es lo que no quiero tener! Después de todo, yo repito con Leopardi: *Il naufragar m'e dolce in questo mare.*

JAVIER. ¡Con él!

MANU. ¿Eh?

JAVIER. Con él. Como si me hubieras dado un camelo.

MANU. Pues es un camelo de Leopardi, nada menos.

JAVIER. Pues ahí te quedas con tus leopardos, tus tigres y el gorila que llevas dentro. Puedo decirle a Emilio... *(Tendiéndole la mano.)*

MANU. Sí, hombre, sí. Te acompaño hasta la puerta. *(Mutis los dos.)*

ESCENA VII

FANNY, por el foro; luego, MANUEL

FANNY. *(Que llega con el libro de música que se llevó.)* ¿Se puede? Un momento. *(Mira y entra. Va al musiquero y deja el libro. Cuando va a salir llega Manuel.)*

MANU. ¿Pero tú? ¿Aquí otra vez?

FANNY. *(Coqueta.)* ¿Pero de veras le molesta?

MANU. *(Agresivo.)* ¡Me molesta, sí! ¡De sobra lo sabes!

FANNY. *(Bajando los ojos. Con un aire muy humilde.)* Me mandaron.

MANU. *(Enfadado.)* Podían haber mandado a la doncella. Podías haberte negado a venir. Debes negarte. ¿Entiendes? *(Ella calla.)* No me contestes nada, ¿para qué? ¡Claro! Como si hablase con la pared.

FANNY. Eso parezco. Eso soy para usted: una pared... que quisiera usted derribar...

MANU. ¿Qué dices? ¿Dobles sentidos ahora? ¿Pero tú que te has creído, niña? Dí. ¿Qué te has creído?

FANNY. Nada, yo no me creo nada; ni hablé con segunda.

MANU. No tienes término medio. O te enfureces y te

pones esquiva y esquinada, o te haces la mosquita muerta. ¡Eres insoportable!

FANNY. Me odia usted. *(A punto de llorar.)* Eso es todo.

MANU. ¡Pues sí, te odio; te odio, sí!

FANNY. Yo no he dado motivo.

MANU. ¿No? *(Acercándose a ella.)* ¿Crees tú que no has dado motivo? ¿Crees que el haberte metido en mi casa, en mi hogar, en mi vida, y haberme trastornado con tus coqueterías y tus esquiveces, no es un motivo?

FANNY. Déjeme usted pasar.

MANU. Ahora no quiero.

FANNY. Pero quiero yo..., y paso.

MANU. *(Cogiéndola.)* ¡Te digo que no!

FANNY. Déjeme usted. *(Agresiva.)*

MANU. ¡Fanny! *(Acercándose a ella y cogiéndola de nuevo. Muy sensual.)* Dí, dí... ¿No quieres? ¿De veras no quieres?

FANNY. *(Pasando de izquierda a derecha hasta el diván.)* ¡Déjeme usted, déjeme usted!

MANU. ¿No has adivinado todavía? ¿No comprendes? ¡Habla! Dí algo. ¿No sientes nada por mí?

FANNY. ¡No puedo, no puedo!

MANU. Pero, Fanny...

FANNY. Acaso el que ha advinado es usted... Déjeme, se lo ruego. Odieme... Es mejor.

MANU. ¿Que te odie? Pues sí, sí, te odio, te odio. Pero te odio porque te quiero, porque me gustas, y no quiero quererte, y no debes gustarme. Te odio porque desde el primer día que te vi te me metiste dentro del corazón, y de los sentidos, y de los nervios, y porque están mis ojos siempre llenos de ti, y quemas en mi sangre, y estoy como borracho de tu aroma, y palpitas toda entera dentro de mí, y te llevo en el pensamiento como una obsesión y en el pecho como una espina, ¡y me dueles, y me matas, y te odio con toda mi alma, como si te quisiera con toda mi alma! *(Habrá dicho esto pegadito a ella, a su espalda. Ella le oye temblan-*

do y se vuelve, y le echa los brazos al cuello y lo besa apasionadamente en la boca.)

FANNY. Sí. ¡Te quiero! ¡Te quiero! *(Transición.)* ¡Oh! *(Sale huyendo.)* Déjame, déjame, déjame...

MANU. Fanny, Fanny, yo te ruego...

FANNY. *(Que ha ido al foro.)* No te acerques... ¡que viene! ¡Límpiate el carmín de los labios! ¡¡No!! ¡¡Por Dios!! Con tu pañuelo no... *(Manuel hace mutis por la lateral izquierda, que cierra. Fanny baja hasta el musiquero y abre un libro de música.)* ¡Y no salgas, no salgas!...

ESCENA VIII

FANNY y PALOMA

PALO. *(Foro.)* Pero ¿qué haces, muchacha?

FANNY. ¡Ay! Me entretuve hojeando este libro; releía otra vez como siempre, *L'appassionata.*

PALO. Y como siempre, acabaste llorando. ¡Vaya, por Dios! No seré quien te lo censure, chiquilla. *(La acaricia y la besa. Ella rompe a llorar.)* Pero... ¿otra vez? ¿Por qué ahora? Vamos, vamos, ¡qué nervios! ¿Y Manuel?

FANNY. ¿Eh? *(Asustada, como quien sueña.)*

PALO. Manuel, ¿no estaba aquí?

FANNY. No, no... No estaba aquí.

PALO. Ya. Sin duda salió con Javier. ¿Quieres venir a tocar *L'appassionata?* Así te acostumbrarás a dominar la emoción, tocando.

FANNY. No, no; ahora no podría.

PALO. Pero ¿qué tienes?

FANNY. Señora... Oiga usted, Paloma, yo quisiera... Yo quisiera pedirle a usted un favor.

PALO. ¿Un favor?

FANNY. Usted sabe que yo la quiero a usted mucho, usted lo sabe, ¿no es cierto?

PALO. Pero ¿qué te pasa a ti hoy, chiquilla?

FANNY. ¡Ay, señora! Usted sabe que soy absolutamente sincera, y, sin embargo..., algún día pudiera

usted creer que no; pero no lo crea, yo la quiero mucho, mucho...

PALO. Vamos, cálmate. ¿Te ocurre algo grave?

FANNY. *(Llorando dice que sí con la cabeza.)*

PALO. Pero ¿qué? ¡Habla! Díme: ¿qué tienes?

FANNY. Que quiero irme.

PALO. ¿Irte?

FANNY. Yo no tengo a nadie en el mundo más que a usted; vivo sin madre, sin mujeres en casa, usted lo sabe; no tengo más que a mi tío, que casi no se ocupa de mí. Vivo muy mal, señora, y quiero irme.

PALO. Pero... ¿adónde? ¿Estás loca?

FANNY. No, señora; yo creo que ya puedo ganarme la vida con el piano; dar conciertos, y... entonces..., pues...

PALO. ¿Y para decirme esto estás temblando? Mírame: ¿qué te pasa?

FANNY. Que para irme hace falta dinero, y me da mucha vergüenza... Quería...

PALO. ¿Pedírmelo a mí? Pues no tiene nada de particular, y yo te lo daría... si creyese que irte ahora por el mundo a dar conciertos te podía convenir; pero es demasiado pronto, Fanny. Con un año más de estudios...

FANNY. ¡Un año! ¡Dios mío, un año!

PALO. ¡Pero, vamos, acaba de una vez! ¿Qué es lo que ocultas? Habla, sé leal.

FANNY. Quiero ser leal.

PALO. ¿Quieres ser leal y no puedes? Anda, anda, ven, habla, desahógate. *(La coge de la mano y la lleva al diván, donde la sienta en primer término; ella estará en segundo. De suerte que quedan las dos de frente al público: Fanny delante, y Paloma detrás.)* Yo seré, te lo juro, menos severa que tú contra ti misma; pero habla, dí. ¿Hay novio de por medio?

FANNY. No, eso no.

PALO. ¿No es nada de amor? *(Fanny queda callada.)* ¡Ah! ¿Es de amor y no es novio? ¡Pero, Fanny!

FANNY. ¡No! Yo soy honrada.

PALO. Pero ¿te persigue un hombre? *(Fanny calla, con los ojos bajos.)* ¿Y ese hombre es? *(Fanny calla.)* Dilo. ¿Le conozco yo? ¿Por qué callas? ¿Le conozco?

FANNY. *(Levantándose pasa a la derecha.)* ¡Por Dios, señora, no me atormente usted más!

PALO. *(Irguiéndose.)* ¡No me atormentes tú a mí! ¿Ese hombre es...? ¡Oh, no! ¡No lo quiero, no lo puedo pensar! ¿Es... mi marido? ¿Manuel? ¡Oh!

FANNY. ¡Calle usted por Dios!

PALO. Pero ¿tú sabes lo que dices?

FANNY. Yo no he dicho...

PALO. Has callado, que vale más que decir, y has mentido, porque mientes, porque no puede ser... Pero ¿por qué mientes? ¿Por qué? *(Corre hacia ella y la coge de los hombros.)* ¿Qué infamia te nace del corazón? ¡Habla!

FANNY. Yo no miento.

PALO. Y si no mientes, perversa, ¿qué necesidad tenías de decírmelo a mí, ¡a mí!?

FANNY. Es que...

PALO. ¡Basta! *(La arroja violentamente al suelo, donde cae Fanny de rodillas.)* ¡Sal ahora mismo de esta casa! ¡No sé cómo eres, no quiero saberlo! ¡Me das horror! *(Despectivamente va hacia la izquierda.)* ¡Sal inmediatamente!

FANNY. *(De rodillas.)* Por piedad, señora. Saldré; pero no basta; me buscará en mi casa.

PALO. *(Avanzando hacia ella.)* Pero ¿es que eres una víbora?

FANNY. No he podido pensar, no puedo callarme. Yo no quiero engañar, yo no quiero ser mala. Debo irme de España, porque yo también...

PALO. ¿Estás enamorada de él? ¿Sí? ¿Sí? ¿Y has sido suya?

FANNY. No.

PALO. ¿Y no ha habido nada entre vosotros?

FANNY. *(Mucho más débil.)* No.

PALO. ¿Ni una mirada, ni un beso? *(Fanny calla, y Paloma se lanza contra ella.)* ¡Ah, miserable!

FANNY. *(Encogiéndose toda.)* ¡Jesús!
PALO. *(Conteniéndose y alejándose de ella.)* No, no, no quiero tocarte, no quiero preguntar, no quiero saber. *(Va a sentarse al diván desesperada.)* Mentira o verdad, es un horror, y debes irte, y te vas. Mañana tendrás el dinero; pero vete donde yo no vuelva a verte más.
FANNY. *(Acercándose muy lentamente.)* Perdóneme. No me despida usted así. Yo no he sido mala...
PALO. *(Sentada, sin mirarla, murmura, mientras habla Fanny.)* ¡Qué horror, qué horror!
FANNY. *(Que ha llegado hasta la mesa, de la cual no pasa.)* Era algo más fuerte que yo; pero me hago fuerte ahora. Nadie hubiera sido capaz de confesar, callando, lo que yo he confesado. *(Entre cada párrafo con punto de Fanny suena un ¡horror! de Paloma.)* Porque usted era como mi madre, y era una infamia...
PALO. Una infamia, sí; pero yo no puedo reprocharte, lo comprendo; es horrible, pero lo comprendo. Yo también estoy enamorada, y con más fuerza que tú, y defenderé mi amor contra todo. *(Se levanta.)* ¿Entiendes?
FANNY. ¿Contra mí, señora?
PALO. ¡¡¡Contra todo!!! No te reprocho; pero no puedo soportarte ya. *(Pasa hasta el ventanal.)* Vete, vete, te lo ruego. ¡Te lo mando! *(Volviéndose hacia ella.)* ¡¡Vete!! *(Fanny hace mutis, llorando, sin hablar.)*
PALO. ¡Qué infamia, qué infamia! *(Llora de bruces en la mesa del centro. Después de un momento, en que se ha enjugado las lágrimas, entra Manuel, en traje de calle, con el sombrero puesto, por la izquierda.)*

ESCENA IX

PALOMA y MANUEL

PALO. ¡Tú! Pero ¿estabas aquí?
MANU. Claro, mujer. ¿Por qué?

PALO. Por nada. Creí que te habías marchado con Javier, y me ha sorprendido verte.

MANU. Entré a acabarme de vestir; no sé qué tiene de extraño.

PALO. Nada. Ni que yo creyera que te habías ido, tampoco. ¿Almuerzas fuera?

MANU. No. Voy a Los Italianos, a ver a Romualdo Asturi. Lo he citado allí.

PALO. ¡Ah!

MANU. ¿Qué tienes tú hoy, Paloma?

PALO. Nada.

MANU. ¿Nada?

PALO. Nada. Déjame.

MANU. Está bien. *(Medio mutis.)*

PALO. ¿De veras vienes a almorzar?

MANU. Sí, mujer, sí. ¿Por qué me lo preguntas?

PALO. Para saber si te espero.

MANU. Sí, espérame. Hasta luego *(La besa en la frente y hace mutis. Ella se cubre la cara con las dos manos. Luego se pasa la mano por la frente, como para desechar una idea, y corre al ventanal, en cuyos cristales apoya la frente. Al cabo de un rato se aparta de ellos; vuelve a hacer el mismo gesto de pasarse la mano por la frente y, bajando al centro de la escena, exclama:)*

PALO. ¡Bah! Pasará..., olvidará... ¡Yo lo haré olvidar! ¡Yo lo haré olvidar! *(Y llora otra vez.)*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Camarín o salita de descanso en el teatro Odeón, de Buenos Aires. Puerta al foro y lateral izquierda. A la derecha del foro, un biombo elegante y gracioso, como tapando el tocador.

ESCENA I

Al levantarse el telón está sola la escena, y por la puerta del foro, abierta a un pasillo, entra el ruido de una gran ovación. Por la lateral izquierda sale el CONSERJE, seguido de dos mozos con una inmensa cesta de flores.

CONS. Déjenlo aquí no más. Aquí, no sea otario. Tomá la propina. Un pesote pa ca uno, pues. Ya me lo pagarán a mí. ¡Cha, que aplauden! *(Mientras los mozos hacen mutis, saludando, por donde entraron, él se queda oyendo en el foro hasta que acaba la ovación.)* ¡Se acabó no más! Pero ha sido juerte. ¡Macanuda la gallega!

ESCENA II

PALOMA, RAFAELA y DON BERNABE (empresario de teatro). Paloma va vestida con un traje negro, antiguo, largo. Es de terciopelo y de la moda de 1900. Sale por el foro, acompañada de Rafaela, cuando precisamente por la lateral aparece Bernabé vestido de "smoking". Es un hombre de cincuenta años, argentino, con su acento.

BERN. ¡Bravo, bravo! Yo la felicito, señora Paloma; yo la felicito. ¡Estupenda! ¿No? ¡Estupenda!

PALO. ¿Son las flores de usted?

BERN. Y de usted, no más.

PALO. Gracias, ya me había dicho Rafaela. ¡Son preciosas!

BERN. ¡Qué esperanza! ¡Lo que da la tierra, che! No tiene nada que agradecer.

PALO. ¿Nada? ¡Si supiera usted lo que me gustan!

BERN. ¡Déjese de pavadas! ¿Qué menos podía yo hacer? Usted es una artistaza, amiga; una artistaza. Le prevengo que ya la gente no la iba con los conciertos de piano; pero usted hizo el milagro, no más.

PALO. Muchas gracias.

RAFA. Muy agradecidas.

BERN. Nada de agradecimientos, y usted, señora *(A Rafaela.)*, todavía tiene menos que agradecer, porque como usted no tocó nada.

RAFA. *(Aparte.)* ¡Grosero!

BERN. Pero no se me enorgullezca, ¿no? No se vaya usted a creer tampoco que todo es por su arte. Usted toca que es una maravilla, ¡cómo no!; pero a la gente no le gusta la música.

PALO. ¿Qué dice usted? La música le gusta hasta a las fieras: Orfeo las amansaba tocando.

BERN. ¿Orfeón? Permítame que lo dude. Esas son macanas. Lo que les gusta es el sonsonete; pero la música, ésa que llaman buena música, ésa no le gusta a nadie. Si no, no ganarían tanta plata algunos zarzueleros, y no habría tango, ni charlestón, ni jazband. La gente elegante y algún artista *soi dissant* fingen que les gusta por darse importancia; pero *mangiar*, no *mangian* ni medio.

RAFA. Pues mi hermana toca buena música.

BERN. ¡Y cómo le va! Pero su hermana es una excepción. Lo que pasa es que al público ya lo tenían engrupido tanto pianista melenudo y viejo, y una mujer, linda no más, como vos, tenía que hacer su efecto, che. Y lo hizo, no más. ¡Qué quiere usted que le diga! Lo hizo. Ya usted lo ha visto.

PALO. Usted es muy amable.

BERN. Y usted más y la suerte, ¿no? Yo lo he tocao, que harta plata entró por la boletería. Y usted lo ha oído, ¿no? ¡Cha, que se rompieron las manos aplaudiendo! ¡Qué cosa bárbara!

PALO. Bueno, y además de las flores, que le agradezco otra vez, ¿se acordó de mi libro?
RAFA. ¿Para qué quieres eso, mujer? Déjalo.
PALO. Tú te callas. ¿Se acordó usted de mi libro?
BERN. ¿Y cómo le va?
PALO. ¿Llegó ya de España la edición?
BERN. ¿Y cómo le va, no le digo? Ahorita mismo han quedado en traer un ejemplar. Y con el ejemplar otra cosita, ¿no?, que me encargó un abonado, y con la cosita el contrato en blanco para que lo firme, no más, para el año que viene.
PALO. ¿Para el año que viene? Pero si yo...
RAFA. ¿Y por qué no lo firmas? Supongo que el señor te hará mejores condiciones.
BERN. ¿No oyó que lo traigo en blanco? Las condiciones que le dé la gana, no más.

ESCENA III

DICHOS, y por la lateral, el MARQUES DE FIORENZANI. Treinta años, elegancia, distinción, galanura.

MARQ. ¿Permesso?
PALO. Marchése, avanti.
MARQ. Complimenti, signora, complimenti. Benissimo, bravissima. A falto andare in visibilio il pubblico. Signora Rafaela. *(Saludando a Rafaela.)* Caro Bernabé *(Saludando al empresario.)* A oste tambiene la mia felisittazione; la mas sincera. Son estado cuatro conciertos lo mecore de lo mecore. Hacia moltos años que no se sentía a Buenos Aires una artista más valorosa que la signora Paloma. Esto e toccare el piano, e il resto e chapaeare. Altro que Rubinstein, altro que Saguer, altro que Bussoni, molto mecore ma molte mecore.
PALO. Non dica. Marchese.
MARQ. Ma che, signora, ma che. Yo dico la veritá. *(A Bernabé, aparte.)* Uste non ha mandato eso, yo espero.

BERN. ¿No me dijo usted que hasta después de su visita no lo mandara?

MARQ. Ecco, bravo!

BERN. Entonces, con permiso, ¿no? Yo me voy no más. Hacemos un intermedio corto, señora Paloma.

PALO. Desde luego; pero no hace falta. La última parte es cortísima también.

BERN. Bueno, bueno.

PALO. Y no se le olvide a usted mi libro.

BERN. Ahorita se lo traigo, y el contrato también, ¿no?

RAFA. Démelo usted a mí, si quiere; yo lo acompaño.

BERN. ¿Para qué se va a molestar?

PALO. Déjalo, mujer.

RAFA. Eso te digo yo: déjalo; para mí no es molestia. Vamos, don Bernabé.

BERN. Pase no más. Hasta ahorita, ¿no? *(Mutis de Rafaela, seguida por Bernabé, lateral izquierda.)*

MARQ. Ci ha voluto lasciar soli. E buona sua sorella.

PALO. *(Sonriente.)* No lo crea usted: mi hermana vuelve en seguida.

MARQ. Signora...

PALO. Siéntese.

MARQ. Lei mi da le sue manine? Non se le stringo. Se lo giuro. *(Paloma le tiende las manos.)* Brava! Io glie le bacio con tutti i rispetti. Come se baciasse due colombe! ¡Come ha suonato stasera!

PALO. ¿Le gusté de veras?

MARQ. ¿Ma como gustare? Incantare, impazzire! E che meraviglia quel amore brucco del Falla! Che terzo tempo, per Dio! Che pieno di carattere!

PALO. Oh, se lo sentisse in orchestra! Allora vedrebbe che colore! Questa e una povera riduzzione per pianoforte; non si può aprezzare.

MARQ. Ma lei lo rende tutto. Si vede ch'e una cosa seria. Ricca, dura, pastosa, chempie. Una cosa che si sente in bocca, con un sapore caldo, come un buon vino vecchio della Spagna.

PALO. Ya ve usted cómo en España hay también grandes artistas: Falla...
MARQ. Falla, e lei, Paloma. Sfido io! Evviva la Spagna!
PALO. Muchas gracias.
MARQ. Evviva la Spagna, evviva lei, signora Paloma, Colomba; ley, ch'é una meraviglia d'artista e un amore di donna.

ESCENA III

DICHOS y RAFAELA, por donde se fué.

RAFA. Aquí está el contrato.
PALO. Bueno, déjalo ahí. Luego lo leeré. Me parece que de ninguna manera lo voy a firmar.
MARQ. Allora, signora..., yo me retiro... para que usted si prepare all' ultima parte del concerto. ¿A qué hora parte mañana a Montevideo?
PALO. En el vaporcito de las siete...
MARQ. Me permitirá que la acompañe al moelle...
PALO. Tanta molestia...
MARQ. Oh...e si puodo, andró tambiene a Montevideo per sentire los ultimos concerti...
PALO. Pero...
MARQ. Nada, nada, un artista come lei, come usté, non si siente todos los días... Signora Rafaela, complimenti... Colomba, "dulcis in fundo"; a lei l'ultimo bacio. *(Le besa la mano.)* Buona noche, buona noche, a domani. *(Mutis.)*
PALO. Rafaela, ¿me haces el favor de un poco de agua caliente? Tengo los dedos tiesos de frío y no podría tocar la última parte...
RAFA. En seguida. Ya te la tenía preparada. *(Trae del biombo una taza con agua y una toalla.)*
PALO. *(Metiendo los dedos en el agua.)* Ajajá; esto es otra cosa; me devuelve mi agilidad... ¡Estaba heladita!...
RAFA. ¿Qué te decía el italiano?
PALO. Entusiasmado con la música española. Me hacía grandes elogios de España.

RAFA. Ya, ya; por la peana se adora al santo. Está enamorado de ti. Es decir, enamorado, no; los hombres no se enamoran. ¡Le gustas!

PALO. Pues tiene dos trabajos. Yo no estoy para amores.

RAFA. ¡Bah! No se trata de amores, ni que fueras tú tonta. ¡A estas alturas y con lo que has sufrido! ¡Sí, sí, amores! Pero mira, si quieres divertirte... el canalla de tu marido se lo merece.

PALO. Calla. No hables así. No quiero que hables así.

RAFA. Bueno; pero al mejor hombre... ¡que lo ahorquen!

ESCENA IV

DICHAS y el DOCTOR ALEGRE, por la izquierda.

ALEG. ¡Paloma! ¿Pero eres tú? ¿Eres tú?

PALO. *(Con júbilo. Poniéndose de pie y sacando las manos del tazón.)* ¡Don Julio! *(Transición. Inmóvil, muy triste y tierna.)* ¡Dios mío! ¡Don Julio! ¡Mi doctor Alegre!

ALEG. ¿No me abrazas?

PALO. *(Avanzando hacia él.)* Tengo las manos empapadas; abráceme usted.

ALEG. *(Abrazándola.)* ¡Chiquilla, qué sorpresa! ¿Cómo estamos, Rafaela? *(Pasa de izquierda a derecha por delante de Paloma para saludar a Rafaela, que la estrecha la mano sin hablar.)*

PALO. *(Inmóvil mirando al doctor Alegre.)* ¡Don Julio!

ALEG. *(Volviéndose.)* El mismo, Paloma, el mismo. Pero ¿qué te pasa? *(Acercándose.)* ¿Lloras?

PALO. ¡Es natural! Me ha parecido al verle a usted que entraba Madrid, todo mi Madrid, por esa puerta.

ALEG. ¡Vaya por Dios!

RAFA. Pero siéntese usted, doctor. Llevamos aquí ocho días preguntando por usted.

ALEG. Acabó el Congreso médico y me fuí al interior de la República a verla. ¡Tú en Buenos Aires!

PALO. *(Que se ha secado las manos, dándole los bártulos a Rafaela.)* Toma, Rafaela. *(Rafaela se lleva todo tras el biombo.)*

ALEG. Llego esta mañana, veo anunciado con tu nombre, así: Paloma, eminente pianista española; pero ¡cómo me iba a figurar! Cuando te vi salir al escenario me quedé de piedra; casi doy un grito.

PALO. Pues aquí me tiene usted.

ALEG. Te saliste con la tuya, picarona. ¡Bueno, conste que lo haces divinamente! ¿Y ese traje, esa falda?

PALO. ¡Ah, usted tiene la culpa!

ALEG. ¿Yo? ¿Qué me dices? *(Sale Rafaela de detrás del biombo.)*

PALO. ¿Se acuerda usted en Madrid, cuando vino a despedirse, que me dijo que tenía unas piernas muy bonitas?

ALEG. ¿Y ya no?

PALO. Creo que sí; pero al hacerme concertista, me acordé de usted, y para que el público no se distraiga con mis pantorrillas mientras le doy a los pedales, me he inventado este traje. Hace bien, ¿verdad? *(Se levanta para que el doctor la mire.)*

ALEG. ¡Qué sé yo! Antiguo, poético. ¡Lo que no discurras tú, diablillo! *(A Rafaela.)* ¿Tú estás conforme?

RAFA. Yo no. Más falda, más mujer y, por consiguiente, más desgraciada.

ALEG. ¡Ya, ya! Tú la vestirías con pantalones.

RAFA. Sí, señor. ¡Y con botas de montar y un látigo! ¡Malditos hombres!

PALO. Pero Rafaela...

ESCENA V

DICHOS y el REGISEUR, por el foro.

REGIS. Señora, con permiso. Ya hemos dado la tercera. El público está sentado, impaciente.
PALO. Voy ahora mismo. Espéreme aquí, doctor. Unos minutos nada más.
ALEG. Anda, anda.
PALO. Es la última parte; un nocturno, un vals de Chopin, la rapsodia española de Ravel y un "encore" brevísimo, si lo piden. No se vaya usted. *(Al Regiseur.)* ¡Vamos allá!

ESCENA VI

RAFAELA y el DOCTOR.

ALEG. Bueno, pero ¿cómo ha sido esto? ¡Paloma, concertista!
RAFA. ¡Cosas de la vida!
ALEG. ¿Necesidad? ¿Ha venido a menos su fortuna?
RAFA. No.
ALEG. ¿Afición entonces? ¡Y Manuel, que se oponía tanto!
RAFA. Felizmente, ese... hombre, ya no está.
ALEG. ¿Que no está?... ¿Es que han reñido?
RAFA. ¡No, ni eso! ¡Ni siquiera reñir! ¡Un asco! Que Manuel se enamoró de la Fanny ésa. ¡¡Y se escapó con ella!!
ALEG. ¡Jesús, Jesús! Pero ¿cómo es posible?
RAFA. Ella, Fanny, claro está que no tiene la culpa. No, no la tiene. Las mujeres no tienen nunca la culpa. ¡Son tontas! Pero los hombres...
ALEG. Eso...
RAFA. Ella, asustada, arrepentida, confesó su amor y le pidió dinero a Paloma.
ALEG. ¿A Paloma?
RAFA. Sí, arrepentida, la pobre; para irse, para huír...

Y el muy canalla la siguió, la embaucó... y... ¡Por algo le odiaba yo tanto!

ALEG. ¡Qué horror! ¡Pobre Paloma! ¿Y qué pasó luego? ¿Pidió ella la separación? ¿No volvió Manuel? ¿No hubo forma de reconciliarse?

RAFA. Gracias a Dios, no la hubo. Habría sido una vergüenza. Manuel no volvió; no sabemos de él. Paloma, por consejo de Javier González, Javierito, el sevillano, ¿no lo recuerda usted?

ALEG. Sí, mujer, sí...

RAFA. Decidió buscar un agente, hacerse concertista y... aquí estamos.

ALEG. ¡Qué barbaridad! ¿Y los niños?

RAFA. En el colegio, en Madrid, internos. El tío Joaquín los visita y los atiende.

ALEG. ¡Qué barbaridad!

RAFA. Después de todo, es lo mejor que podía pasar. ¡Qué asco de hombres!

ALEG. Eso no. Debió intentarse una reconciliación, buscar a Manuel, llamarlo. Un matrimonio no se rompe así; no se destruye así una familia.

RAFA. Eso debió pensarlo Manuel antes. Pero, hombre al fin, canalla y cochino, sólo pensó en su capricho.

ALEG. Eso no; ni canalla, ni cochino, Rafaela. ¡Hombre! Y si no hubieras agregado más, hubieras dicho muy bien. Hombre, nada más.

RAFA. ¡Ah! ¿Usted cree que ésa es una hombrada?

ALEG. No he querido decir eso, ni afirmo que esté bien. Pero... así es... Sí; así es y es...

RAFA. Una infamia. ¿Tenía derecho ese... miserable para abandonar a mi hermana?

ALEG. Derecho no, desde luego no. Necesidad... acaso. Ustedes, las mujeres, y las feministas rabiosas como tú, más, le dan a los devaneos del hombre...

RAFA. A las traiciones, doctor.

ALEG. A los devaneos, una importancia que no tienen. La mujer puede perdonar siempre... debe perdonar...

RAFA. La que no tenga vergüenza, ni dignidad, ni es-

timación de sí misma. ¡No faltaba más! Yo no perdonaría nunca, ¿lo oye usted?, nunca. Por eso yo no he querido casarme, ni me caso.

ALEG. ¿Por eso?

RAFA. Por eso sí, por eso; porque conozco a los hombres. ¡Qué quiere usted decir!

ALEG. Yo nada. Yo no debiera decir nada, porque estas cosas sólo puedo apreciarlas desde mi punto de vista médico; con un criterio que las mujeres desgraciadamente no pueden entender nunca.

RAFA. ¿Desgraciadamente?

ALEG. Claro está. Que si lo entendieran se romperían menos matrimonios, y ellas sufrirían menos por lo que no vale la pena de sufrir.

RAFA. Eso sí, desde luego; no vale la pena de sufrir.

ALEG. No; pero no por lo que tú crees, sino porque la traición del hombre no es traición, ni tiene importancia.

RAFA. ¿Que no tiene importancia?

ALEG. No la tiene. En las relaciones... de hombres y mujeres... el hombre es el elemento activo, y el elemento pasivo la mujer. El hombre es la semilla y la mujer es la tierra, y mientras él, en su condición de sembrador, lanza su semilla a todos los vientos, ella, en su calidad de tierra, aguarda quieta el regalo de la siembra.

RAFA. Es muy cómodo eso; pero yo no lo entiendo.

ALEG. Ya lo sé; ni tú ni ninguna mujer, y conste que no doy contra las mujeres. Ellas, como elemento pasivo...

RAFA. ¿Elemento pasivo nosotras?

ALEG. Hablo de la mujer buena, sana, normal; tú misma, si quieres, no te me enfurruñes; la mujer, elemento pasivo, no siente como el hombre el acicate de los sentidos. Ellas, todo delicadeza, sensibilidad, ternura, espíritu de sacrificio, se entregan una vez y para siempre, por amor, por verdadero amor, por complacencia, hasta por compasión algunas veces; por deseo tan

sólo, no. Esta es la verdad santa y noble, cuando es santa y noble la mujer. Ella pone siempre alma, espíritu, delicadeza, ensueño, en su amor, y el hombre puede no poner ni siquiera ilusión en su capricho. Por eso es tan distinto el engaño; por eso la traición de la mujer es imperdonable, por superioridad de ella: ella se da y pone siempre corazón en la dádiva, y el hombre no usa más que sus sentidos, y, en la aventura pasajera, no le quita nada de amor, de amor del alma, a la compañera de su corazón. Así lo que el hombre da no vale la pena, y en la mujer sí, porque da toda su vida y la vida y el honor de quien la ama.

RAFA. ¡Pero esto es injusto y monstruoso!

ALEG. Injusto y monstruoso, desde luego; pero yo no he hablado ni de justicia ni de equidad. Es, nada más; sea como sea, es, y no por capricho del hombre, sino porque así está dispuesto en la Naturaleza. La mujer tiene una misión santa que no tiene el hombre: la maternidad. ¿Cómo te lo explicaría yo a ti, no has amado nunca?

RAFA. Pero puedo amar, aunque hago lo posible por no amar a nadie.

ALEG. Y no seré yo quien te lo aplauda; pero cuando sea, ya verás cómo en las relaciones de amor, mujer y hombre caminan encontrados, en sentido opuesto, y la mujer ama cada vez más, cada día más, anda acercándose al amor, y el hombre va perdiendo día a día la ilusión de la misma mujer, ama cada día menos, regresa siempre del amor.

RAFA. Pues es... ¡una brutalidad inadmisible, qué quiere usted que le diga!

ALEG. ¡Brutalidad de la Naturaleza!, que nos empeñamos en llamar sabia, para luego pasarnos la vida, artistas y médicos, cada uno a su modo, queriendo enseñarle a la Naturaleza, inconsciente, indiferente y ciega, como debe ser. El único remedio sería el amor libre...

RAFA. ¡Doctor!

ALEG. El amor libre...
RAFA. ¡Qué barbaridad!
ALEG. No te asustes, que es el que más conviene a nuestra condición humana y al mejoramiento de la especie, y sería lo natural y lo lógico, si no existiesen los celos; los malditos celos, que son también naturales y lógicos y terribles. Pero como existen, esto no tiene solución.

ESCENA VII

DICHOS. El EMPRESARIO, por la izquierda, y luego, PALOMA, foro. Antes han entrado tres mozos con flores, siguiendo al empresario.

EMPRE. *(Saliendo.)* ¡Estupenda, che!
ALEG. ¿Eh?
EMPRE. ¡Maravillosa! ¡Colosal! *(Abre la puerta del foro, por la cual entra el ruido de una ovación.)* ¿No oyen? ¡Así llevan cinco minutos! ¡Se viene abajo el teatro, che! ¡El público se ha vuelto loco!
MOZ. 1.º *(Seguido de otro y con muchas flores.)* A ver dónde ponemos esto. *(Cesa la ovación.)*
RAFA. Aquí, aquí, traigan. ¡Cuántas flores! ¡Qué triunfo! *(Aparece Paloma por el foro.)*
EMPRE. ¡Señora, señora, qué maravilla!
PALO. Gracias.
EMPRE. *(Al doctor.)* ¿Usted no la oyó?
ALEG. Sí, le oí la otra parte.
PALO. Dales propina, Rafaela.
RAFA. *(Que en este momento sale detrás del biombo con un bolso.)* Si, mujer, sí. *(Dándole dinero a los mozos.)* ¡Vaya!
MOZ. 1.º ¡Salud! ¡Y muchas gracias, ¿no? Muchas gracias. *(Mutis los tres mozos izquierda.)*
EMPRE. *(Ofreciendo a Paloma un estuche.)* Y ahora, permítame. Este regalito.
PALO. ¡Oh, qué pulsera tan preciosa! ¡Para qué se ha molestado!

EMPRE. Yo no; es regalo del Marqués de Fiorenzani.
PALO. ¡Ah! Entonces yo no puedo aceptarlo.
EMPRE. Pero ¡qué pavada! ¿Por qué?
PALO. No insista. Ahora mismo acaba de decirme que pensaba ir detrás de mí a Montevideo. No aceptando el regalo es la mejor manera de decirle que no se moleste. Conque usted me hará el favor de devolvérselo.
EMPRE. ¡Oh, señora! Compréndalo; para mí es de una violencia terrible, che. El le ha regalado siempre a todos mis artistas... Cómo le voy a devolver yo ahora... ¡Qué papelón me quiere hacer hacer!... ¡Qué cosa bárbara!
PALO. Bien. Déjelo usted. Se lo devolveré yo con una carta.
EMPRE. Y hará mal; le prevengo que hará mal; pero, en fin...
PALO. ¿Y el libro?
EMPRE. *(Dándole el libro.)* Aquí está; no me he olvidado.
PALO. *(Apoderándose del libro.)* ¡Gracias! *(Leyendo la cubierta.)* "Los caminos del amor....
EMPRE. *(Viéndola emocionada.)* Pero ¿qué le pasa, che?
PALO. Nada. Muchas gracias. Y con su permiso, me voy a vestir.
EMPRE. Hasta luego, pues. En Contaduría la espero, a la salida. ¡Señora, caballero! *(Saludando a Rafaela y al Doctor, y haciendo mutis, dice aparte:)* Está loca, no puede ser, está loca. *(Mutis izquierda.)*
ALEG. *(Acercándose cariñoso a Paloma.)* ¡Paloma, mi Paloma! ¡Pobrecita! Rafaela me acaba de contar lo de Manuel.
PALO. Es su último libro. Escrito no sé dónde; editado en Madrid. Véalo usted. *(Se lo enseña, el doctor mueve la cabeza y ella, oprimiéndose el libro al pecho, se dirige a hacer mutis tras el biombo.)*
ALEG. ¡Vaya por Dios!
RAFA. No sé qué ganas de atormentarse, de sufrir.

ALEG. En eso tiene razón Rafaela.

RAFA. Y en no querer aceptar ese regalo, no tienes razón tú.

PALO. *(Ya junto al biombo se vuelve, deteniéndose,)* Sería autorizar a ese hombre a que me hiciera el amor, y no quiero autorizarlo.

RAFA. Después de todo, tu marido te dejó, y eres completamente libre.

PALO. *(Enérgica.)* ¡No, ni lo soy ni quiero serlo! Hay algo más serio y más grande que la vida: la muerte. Y no basta ganarse la vida; hay que ganarse la muerte. Si mi Manuel, mío, digo aún, mío, muere lejos de mí, yo quiero ir a rezar en su tumba. *(Enterneciéndose.)* Si muero yo antes, que él pueda venir a dejarme unas flores, y si yo tuviera otro amor y usase de mi libertad, ni él pudiera rezarme nunca, ni yo lo pudiera llorar.

ALEG. Basta, basta. No leas ese libro. Reacciona. Sé fuerte. Te apruebo en parte. Pero sé fuerte y vuelve a tu casa de Madrid, al amor de tus hijos, y deja de exhibirte. Tú no necesitas trabajar, tú no debes ni puedes rodar por los escenarios...

PALO. Eso no, yo no ruedo.

ALEG. Este oficio no es para ti; tu educación, tu nombre, tu decoro se oponen.

PALO. ¿Mi decoro?

ALEG. Tu decoro, sí, y la necesidad de rehacer tu vida, que está rota.

PALO. ¡Rota! ¿Por qué? Yo he cumplido la misión de mi vida. He sido buena esposa y buena madre.

ALEG. ¿Buena madre y dejaste a tus hijos abandonados?

PALO. ¿Cómo abandonados? ¡En un colegio! Creídos que sus padres están juntos, viajando, trabajando para ellos.

ALEG. Pero viven lejos de ti.

PALO. ¿Y qué? ¿Hubiera sido mejor enterarlos, tan tiernos, de la conducta de su padre? ¿Que vieran a mi lado, en casa, mi desesperación y mis

lágrimas? Tiempo tienen para sufrir. He sido buena esposa y buena madre, y como mi juventud fue casta, mi vejez será pura, y viviendo de recuerdos, buenos y malos, tristes y alegres, huiré a toda tentación y a todo pecado y lloraré tan sólo, con estas lágrimas tan amargas y tan limpias.

ALEG. ¡Paloma, Paloma no te pongas así!

PALO. *(Abrazándose a él.)* ¡Ay, mi doctor Alegre, ya no tengo más refugio que esto, que mi trabajo, que mi pobre arte! ¡Y Dios sabe que no lo hago por los aplausos!

RAFA. Pero ¿es posible? ¿Lloras por tu marido? ¿Por un canalla? ¿Es que no tienes vergüenza? Pero ¡Paloma!... *(Acercándose a ella la toca en el hombro.)*

PALO. *(Dejando al doctor, se yergue fiera.)* ¡Oh! ¡Déjame! ¡Déjame llorar! ¡Le quiero, sí; le querré siempre, siempre, y cuando ya no llorase, es que ya no le querría, y si no le quisiera no tendría honor. Mi vergüenza, mi razón de ser, es amarle, y llorarle, y quererle... ¡Déjame llorar, hermana, déjame llorar! *(Mutis tras el biombo.)*

ESCENA VIII

PALOMA, RAFAELA, el DOCTOR ALEGRE, y luego el CONSERJE.

RAFA. ¡Pero usted ha visto cosa igual! ¡Toda la vida va a ser esto!

ALEG. ¡La herida está abierta todavía; hay que esperar! *(Se apaga la luz de repente y queda la escena en penumbra.)*

RAFA. Eh, pero ¿qué es eso, qué hacen?

CONS. *(Apareciendo por la izquierda y volviendo a encender.)* ¡Ay, perdonen! Creí que se habían ido.

RAFA. Espere; la señora tiene que vestirse.

PALO. *(Desde el biombo.)* Deja, me voy así; me echo un abrigo. ¿Está el coche?

CONS. Voy a preguntar, señora. *(Mutis izquierda.)*

PALO. *(Saliendo.)* Rafaela, haz el favor de meter mi traje en la maleta. *(Rafaela va hacia el biombo. Al Doctor.)* Como no pienso salir esta noche, me voy así. No me va a ver nadie.

CONS. *(Volviendo a aparecer.)* El coche espera, señora.

PALO. *(Sacando dinero de un bolso que ha traído cuando salió la última vez a escena.)* Tome usted.

CONS. Muchas gracias, señora, y vuelva pronto. *(Viendo salir a Rafaela, que trae una maleta y un gabán de pieles.)* Traiga, no más; yo lo bajaré al coche.

ALEG. *(Mientras el Conserje coge de manos de Rafaela la maleta, él coge el gabán de pieles y dice a Paloma, a la vez que el Conserje hace mutis:)* ¡Vaya, te ayudaré a disfrazarte de oso!

PALO. ¡Poco me gustan los disfraces, pero en fin!... *(A Rafaela.)* ¿No se olvida nada?

RAFA. Nada. Cuando tú quieras.

CONS. *(Apareciendo.)* La maleta está ya en el coche, señorita.

PALO. Gracias, Mariano. Mándeme a casa las flores. Adiós. *(Van saliendo todos, menos el Conserje.)*

CONS. *(En la puerta de la izquierda.)* Adiós, señora, y buen viaje no más y muchos triunfos. *(Saca de su bolsillo una pipa corta, que carga y enciende, y diciendo: "¡Está macanuda la galleguita!", apaga las luces otra vez y hace mutis por el foro. La escena queda vacía unos instantes y cae el*

TELÓN

ACTO TERCERO

Casa de Javier, en Madrid. Sala de tonos oscuros, morado o azul. Al fondo, ventana de cristales. Dos puertas laterales en segundo término. En el centro, una mesa con un sofá delante y una mesita enana delante del sofá. A la izquierda, un rincón coqueto con un butacón delante de un biombo. Lámpara portátil en la mesa. Una lámpara de pie, junto al butacón. Es por la mañana, en un nublado día de invierno, que se ve por la ventana.

ESCENA I

JAVIER, sentado en el butacón, mira un retrato de mujer en un marquito pequeño, y fuma. CHACHA CURRA entra por la derecha y se lo queda mirando. Chacha Curra tiene setenta años; es andaluza, criada, muy pulida, cuidada y alegre.

CHA. *(Que entra y se queda un instante contemplando a Javier.)* ¡Várgame la Pastora divina! ¡Lo que darías tú por que el retrato ése rompiese a chamuyá!

JAVIER. ¿Qué haces, Chacha Curra?

CHA. ¡Na! Diquelarte, payo mío, diquelarte. Que fumas y no le tomas sabor al tabaco, ni sabes and'estás.

JAVIER. Y eso... ¿por qué?

CHA. ¡Por... por curpa de quien tiene la curpa, que la paloma te dejó su hiel... y asín estás tú de macabro!

JAVIER. ¿Macabro?

CHA. O funerario... que da lo mismo. ¡Várgame el Señó del Gran Podé! ¡Bueno, hala, aire! ¿Cuá gabán te traigo, niño?

JAVIER. Ninguno, Chacha. ¿Ha venido el cartero?

CHA. ¿Ya estamo con el estribillo? ¡Bendito sea Noé!

JAVIER. ¿Ha venido?

CHA. ¡No, señó, no ha venío! Pero todavía puede vení. Ahora, que me pienso yo que estamos esperando lo que no yega.

JAVIER. ¿Y qué sabes tú lo que espero?
CHA. ¡Mira, niño! Suerta el retratito ése, que te se va a caé.
JAVIER. ¿Qué quieres decir?
CHA. ¡Pero por Dio! Si tengo setenta años, niño, y te he visto nasé, y no se vive treinta a la vera de un hombre tan claro y tan abierto como tú, sin sabé lo que le pasa hasta por las telas del pensamiento. ¡Ende que se fué la señorita Paloma, tú no sosiegas, hijo!
JAVIER. ¡Cálla, calla!
CHA. ¿Por qué? ¿Me vas a desí que te molesta que te hable de ella?
JAVIER. *(Se levanta y pasa al otro lado de la escena.)* Pos sí, Chacha Curra.
CHA. Pos no, niño mío. Que si tú no pensaras, yo... yo... sonsi, como desía el gitanito de mi agüelo. No te la mentaría ni na. Pero como piensa, pos te la miento para que orvide, que con callá na bueno saco, y eya no se merese que tú piense en eya.
JAVIER. ¡Chacha!
CHA. ¡Que no! ¿Por qué no se casó contigo?
JAVIER. Porque no me quería.
CHA. ¿Y por qué no te quiso? Tu gente quería, la de eya también... ¿Por qué se repuchó eya?
JAVIER. Yo, yo; fuí yo.
CHA. Eya antes. ¡Déjame tú a mí de pamplina, niño! ¿Má guapo que tú, má bueno, má honrao, má hombre, lo quería? ¿Que aviyelase too lo que tú aviyela? ¿Dónde lo iba a encontrá? Parné, joventú, ánge, señorío... sí, sí, por el ole que canta la caña. ¡Ya lo habemo visto!
JAVIER. Te digo que calles, Chacha. *(Se vuelve a sentar.)*
CHA. Sí, sí. ¡Guillén fué torero! Ya lo sabemo.
JAVIER. Pero ¿qué rezongas ahí?
CHA. Que no me quieo cayá. Tu criada soy y tú ere mi señorito; pero también eres mi niño, mi nieto. Que tu madre, la pobre Carmela, que en gloria esté, mi señorita era; pero era como mi

hija. Y manijero en el cortijo de tu gente fué mi padre, y manijero había sío mi agüelo. Y si no tengo tu sangre, que de gitanos vengo mu nugresio y mu retorsio, blanca tenían el alma, como yo, y mu derecho el garlochí. ¡Pa que te enteres! Y si no soy rama de tu mesmo árbo, el árbo tetelógico ese, que está retratao en el cortijo... a su mesma sombra cresí, y ante que tú, y nasé te he visto, y lo güeno tuyo me alegra como lo mío, y lo malo me duele en las entraña, y tus duca son mis duca, y tu peniya son la mía, y no pueo verte majareta por quien no lo merese.

JAVIER. Bueno, Chacha, bueno.

CHA. Y déjame sentá, que ya no quiero cresé. *(Se sienta.)* Ay, várgame su Divina Majestá. *(Pausa.)* ¡Se casó con otro! ¿Y cómo le ha salío? Ca uno por su lao. Como los músicos de la murga de mi pueblo. El, siguiendo a una mala muje; ella, sola, a ganarse la vía, y los churumbeles enserraíto en un colegio, y una familia esbaratá. ¿No es un doló?

JAVIER. ¡Eso sí! ¡Y ya va a hacer un año! Una carta de él, que estaba en Chile, con Fanny, y de Paloma, ni media palabra.

CHA. ¡Misté que el otro también: el señorito Manuel! Cuidao que hase falta está loco, pa dejá una hembra tan juncá—porque eso sí, juncá, y má bonita que las pesetas, es la señorita Paloma—las cosas son como son—; mía que dejá una alhaja, una piedra presiosa, pa irse detrá de una china de río, de esa mocosa escuchimisá, que debe de sé más mala que un doló. Y es que los hombres, cuando se emberrenchinan, son peore que las bestias. ¡No! Y la mujere también. Mira que la señorita Paloma que se podía habé casao contigo, allá en Sevilla...

JAVIER. Basta, Chacha. *(Se levanta.)* Aquello pasó. Fué un amorío sin importancia. Manuel es mi amigo; ella es su mujer.

CHA. *(Se levanta también.)* Ahora ya no. ¿No están desapartaos?

JAVIER. Ahora... sigue siendo su mujer, y ya te he dicho que te calles.

CHA. Pos ya estoy callá. ¿Cuá gabán te traigo?

JAVIER. Ninguno. No voy a salir. Hace un gris en la calle que nos sienta mal a los sevillanos.

CHA. Eso es otro cantá. En tu casa estás mejón que en ningún lao, mientras no le des vueltas al torsedó que te está pudriendo. Y si quiés hablá... hablas, y yo te oigo. *(Se sienta otra vez.)* Y si te quiés callá, te calla... ¡y yo! Aunque te parezca mu difisi. Y si quiés leé... pos lee.

JAVIER. ¿Y si quiero beber, Chacha?

CHA. ¿Más? ¿Tú sabes lo que has bebío en el almuerso?

JAVIER. Necesito más, Currita.

CHA. Pos bebes, y yo te doy todo el vino que quieras. Mientras no sea gusqui de ése, que sabe a máquina... Er vino, a los hombres bueno como tú, sólo les da sueño y olvido...

JAVIER. Pues trae un vinillo chico... ¡Manzanilla!

CHA. Ya mismo, y en un vuelo... Vamo allá. *(Mutis izquierda.)*

JAVIER. *(Pausa. Enciende un cigarrillo y vuelve a mirar el retrato de Paloma.)* ¡Paloma, Paloma! ¿Por dónde volará ahora?...

CHA. *(Volviendo con una botella y un cañero.)* ¡Aquí está! La guita. Pa que te ahorques a gusto. Y er cañero llenito; pa que puedas convidar, o te figures tú que convidas. ¡Como a tí te da por hablá solo!

JAVIER. Dios te lo pague, Chacha. Esta es la ventaja que tenemos los andaluces: ahora me bebo yo hecho vino el sol que no he podido gozar esta mañana de invierno madrileño. Con cuatro copas de vino... *(Tiene una caña en la mano.)*

CHA. ¡Ole mi niño! Con cuatro copas de vino y cuatro jaca castaña...

JAVIER. No, Curra, que no iba a salir por fandangui-

llos. Iba a decir que con cuatro copas de vino y una guitarra se encierra un andaluz aunque sea en el Polo Norte, a beber y a cantar, y está en su tierra. *(Bebe.)*

CHA. ¡Eso sí!

JAVIER. Cante corto y vino chico. ¡Lo mejor del mundo! *(Bebe.)* Tráeme la guitarra, Currita.

CHA. ¿La sonanta? ¿Le vas a poné música al doló, niño?

JAVIER. Caramba, no se te cae la palabra de la boca. Cuatro o cinco veces la has repetido.

CHA. Qué le vamo a jasé. Me se viene sola a los labio. ¡Hay tanto doló por el aire! Mi agüelo lo desía y mi padre también le ponía música al doló. Y cómo cantaba el pobresito. Era un cantaor de los que ya no quedan, y cantaba pa él solo. Aquella caña, como la desía, aquer macho de la caña, apoleao, con unos duende, y unos jipíos, y una grasia, y una pena:

¡Ay, ay!, los suspiros de un cautivo
no pueden llegar a España.
Porque está la mar por medio
y se ahogan en el agua...

y se ajogaba talmente el pobresito, y hasta que no se jartaba de yorá, no se ponía contento, y cuando estaba alegre se jaleaba, disiendo mu triste: ¡Ole! ¡Ole! ¡Viva... el doló! ¡Viva el doló! ¡Pobresito mío!

JAVIER. ¡Viva el dolor! ¡Tiene gracia y tiene miga! *(Suena el timbre dos veces, muy tenue.)* ¡El cartero!

CHA. ¿Qué dises?

JAVIER. Que ha llamado el cartero, Curra. Conozco el toque. ¡Anda a ver!

CHA. Vamos a ve, vamos a ve. *(Mutis. Dentro.)* ¡El cartero es, niño, has adivinao! *(Saliendo.)* Ahí va, y lo que abulta. *(Le entrega la carta.)* ¿Es de Paloma?

JAVIER. No. Es de Manuel. Y debiera alegrarme y no me alegra.

CHA. Es naturá...

JAVIER. No. Manuel es mi amigo, y ella la mujer de mi amigo... y yo no debo, ni puedo, ni quiero pensar en ella con un mal pensamiento. Ella... era una estrellita en mi cielo, y no quiero ni puedo convertirla en un borrón de nube. No; porque era buena la quise, y no la sabría querer de otra manera. En fin... vamos a ver qué dice...

CHA. ¿Te traigo la sonanta?

JAVIER. No, no traigas nada. Déjame leer. A ver si por el hilo se saca el ovillo. *(A Chacha, que va haciendo mutis.)* ¡Ah, ya que no hay sol, fíngeme una noche aquí, que la noche me pone más alegre!

CHA. ¿Qué dises de la noche?

JAVIER. Que no vea yo la luz del día. Baja los estores, mujer, las cortinillas del balcón...

CHA. ¡Ah, güeno, güeno! *(Aparte, haciendo lo que le mandaron.)* ¡Majareta perdío! ¡Pa atarlo al pobresito mío! Vámonos andando, a paso lento, vámonos; ay, vámonos, al Puerto, porque en Cái toritos no hay... *(Mutis.)*

ESCENA II

JAVIER solo, y a su tiempo, la visión de MANUEL.

JAVIER. *(Sentándose en el sofá del centro; enciende una pequeña luz portátil y lee.)* Queridísimo Javier: Esta carta va a pedirte perdón por el silencio de tantos meses. He sido feliz, y la felicidad es olvidadiza, y callé para sentirme feliz. Hoy torno a ser desgraciado, y te escribo; pero no esperes una carta llorona. En el fondo me alegra dejar de ser feliz, y ahora, aunque lleno de rabia contra el Destino, le doy las gracias por la merced de cambiarme la vida y hacérmela varia, inquieta, sinuosa y llena

de sorpresas y de amenazas y de esperanzas y de p ligros; diversa, en fin: "diversitá, sirena del mondo", que dijo Gabriel D'Annunzio. *(Se interrumpe.)* ¡Vaya, saltó y vino! ¡Ya está aquí el literato! *(Apura una caña y vuelve a leer.)* Pero rehuyo toda sugestión o evocación literaria... *(Se interrumpe.)* ¡Diablo! ¡Parece que me hubiese oído! ¡Tiene gracia! *(Torna a leer.)* Rehuyo toca sugestión o evocación literaria y procuro desvincularme en esta carta del hábito cuidadoso del estilo. No es una página de novela, sino un grito de amigo, y quiero que llegue a ti como si llegare yo mismo, a sorprenderte en el casino, en el Aero Club, en tu pisito de la calle de Ferraz, entre tus libros de dilettante, que la buena Chacha Currita ordena y desempolva, y aun siento, cuando te escribo, que paladeo contigo el néctar de tus vinos andaluces. *(Se interrumpe.)* ¡Diablo de imaginación! ¡No niega el oficio, y adivina, como si me estuviera viendo! *(Bebe. Lee.)* Yo también quisiera emborracharme, y procuro siempre estar borracho de algo, como mandaba el abuelo Baudelaire. ¿Dónde te encontrará esta carta? ¿Dónde la leerás? Oyeme, amigo Javier, es mi voz la que te habla... *(Se interrumpe.)* Y es verdad, oigo su voz, la oigo, como si estuviera aquí... Es curioso. *(Bebe y torna a leer en silencio.)*

VOZ *de Manuel, que suena detrás del biombo.)* Hace cuatro meses que cambié mi residencia en tierras de Chile para venir a las costas del Perú. Esto es... como nuestra España, un pedacito de tu Sevilla infinita, y aquí, en un caserío que llaman de la Magdalena Nueva... *(La luz vacila.)*

JAVIER. ¡Maldito portátil! *(Sigue leyendo.)*

MANU. De la Magdalena Nueva, a pocos kilómetros de Lima, sueño que estoy en la playa de Sanlúcar, junto al mar amargo, a la luna clara, como en una copla de los Machado. Huele a resinas quemadas, a jazmineros, a magnolias, y

hay una gran paz en el aire, la que yo no tengo en el alma.

JAVIER. La que no puedes tener, la que no mereces tener. ¡Pues no faltaba más! *(Lee.)* Fanny... ¡Oh! ¡Maldita luz! *(Por la luz, que oscila otra vez. Se levanta y la apaga. Se sienta en el sillón y enciende el portátil. La figura de Manuel, con la misma bata del primer acto y la pipa en la diestra, aparece apoyada de codos en el sillón, tras Javier, y habla con inflexiones naturales de persona viva, sin declamar ni gritar.)*

MANU. Fanny era para mí la síntesis maravillosa de toda la belleza del mundo. Era, en mi noche, como aquella copla que tú cantabas. ¿Te acuerdas?: "Eres chiquita y bonita y brillas como un lucero; igual que una candelita en una noche de enero, cuando la luna se quita." Un mal viento me la apaga, Javier.

JAVIER. Es particular, lo oigo, lo siento hablar, casi lo veo aquí... como si lo tuviese a mi espalda.

MANU. Fanny va a ser madre de un hijo mío.

JAVIER. ¡Oh! *(Se interrumpe. Vuelve a leer.)*

MANU. Una maternidad lógica y natural, y por natural y lógica, odiosa y absurda, viene a turbar y a romper las líneas maravillosas de su hermosura. Yo no la quería para eso, Javier. Y acaso empiece ya a odiar a este hijo sin haberlo tenido, porque cuando nazca, si nace, me robará el amor de Fanny. Es el hogar otra vez, la familia, el tedio...

JAVIER. *(Levantándose.)* ¡Absurdo, absurdo! ¡Oh! Quisiera discutir con él, y afearle su conducta y decirle infame, como se lo digo a esta carta, inexorable y rígida, monólogo escrito, que ni me responde, ni me oye... Acabemos, acabemos. *(De pie y de espaldas a Manuel lee.)*

MANU. Tú eres un hombre normal y acaso no puedas entender mi inquietud. Te escribo frente a una gran ventana abierta al mar. Está azul, azul, bajo un cielo magnífico, y es estúpido como el cielo, y como la Naturaleza inconsciente. Tú

no sabes mi inquietud. Nacerá el hijo, o no; morirá Fanny; dejaremos de amarnos; sufriré, lloraré..., y este mar será siempre azul, y este cielo, siempre magnífico, y la Naturaleza, implacable, inconsciente y estúpida...

JAVIER. ¡Oh, es la carta de...! *(Se vuelve y ve a Manuel, que no se mueve.)* ¡Ah! ¿Pero es posible? ¿Eres tú? ¿Estás ahí? ¿No era una ilusión? ¡Habla! ¡Habla! *(Manuel con la pipa en la mano, sonriente, no se mueve.)* Y sonríes, cínico; pues oye, oye... ¡Miserable! Yo adoro a Paloma, ¿lo oyes? Adoro a la santa mujer que tú abandonas, y callo y me venzo porque no admito el amor sin derechos y sin deberes, y respeto el matrimonio, y la familia, y amaría a mi hijo, si lo tuviera, porque la función fisiológica me parece noble y bella, como todas las grandes fuerzas naturales, y el misterio de las entrañas fecundas, y de un seno hinchado de licor materno, y el grito, y el llanto, y la sonrisa del recién nacido, me llenan de admiración, y de emoción, y de ternura..., y... maldigo de ti, y no quiero ser tu amigo, y destruyo tu carta, así, así *(La rompe.)*, como quisiera destruirte a ti, canalla, canalla... *(Va hacia él, tembloroso, y, al alzar el brazo, derriba la luz, y se hace el oscuro un instante, y sale Chacha Curra, que da luz al centro de la escena, donde no está más que Javier, solo y asombrado.)*

ESCENA III

JAVIER y CHACHA CURRA

CHA. ¡Pero, niño; pero, Javier...!

JAVIER. ¡Chacha Curra!

CHA. ¿Con quién te peleaba?

JAVIER. Con nadie, con una sombra...

CHA. ¿Con una sombra?

JAVIER. Esta carta..., que acabo de romper.

CHA. ¿Y te peleabas con un papel? ¡Josú, Josú! ¡Y

la lámpara por el suelo! *(Yergue de nuevo el portátil.)*

JAVIER. Es que... No sé... La carta se hizo cuerpo, y fué como si Manuel hubiese estado aquí, y hubiera oído su voz, y lo hubiera visto...

CHA. *(Mirando la botella y el cañero.)* Pos... bebé no has bebío... *(Corre los estores y entra la luz gris del dia. Apaga la luz eléctrica.)*

JAVIER. No; pero voy a beber ahora. Quiero beber. Tú me has dicho que no me puede pasar nada malo, más que hallar sueño y olvido, y eso voy a buscar. Conque déjame. ¡Quiero soñar, aunque no olvide!

CHA. Pos... dejao. ¡Y a ve... si es verdad! Sueño y olvido... *(Mutis.)*

JAVIER. *(Apura una caña de manzanilla y se sienta, recostado en el sofá del centro. Coge el retrato de Paloma de sobre la mesa y, rememorando, repite:)*

Eres chiquita y bonita,
y brillas como un lucero.
Eres una candelita,
en una noche de enero,
cuando la luna se quita...
... ...

Cuando la luna se quita... *(Se queda dormido, y se le cae de la mano el retrato. Se oirá la "Rapsodia número 2" de Listz, que toca dentro una pianola. A poco se oirá dentro un timbre. Y sale otra vez Chacha Curra.)*

CHA. Niño Javier, niño.

JAVIER. ¡Paloma, Paloma! ¿Eres tú? *(Levantándose.)*

CHA. Pero, hombre, por Dió, ¿estás loco?

JAVIER. ¡Cómo! ¡Si Paloma estaba aquí, si la he visto! ¡Si suena todavía su piano!

CHA. ¡Niño! Si es la pianola de arriba. Su música, güeno; pero sus manos no son.

JAVIER. Es verdad. Ni sus manos, ni su alma. ¡Cómo ha de ser!

CHA. Y ahora, toma. Esto acaba de llegar.

JAVIER. ¿Un telegrama? ¡A ver!... ¡¡Un cable!! ¡¡¡De Paloma!!!

CHA. ¿Qué?

JAVIER. ¡¡Que viene!! ¡Que ha salido de Las Palmas! ¡¡¡Que pasado mañana está en Cádiz!!! ¡¡¡Viene!!!

CHA. ¿Sola?

JAVIER. ¡Sola, Chacha!

CHA. ¿Sola? ¡Grasias a Dios!

JAVIER. ¿Qué piensas?

CHA. Una cosa mu grande y una cosa mu mala. Pero si es buena pa tí, ya no es mala, niño, ya no puede sé mala.

JAVIER. Calla, Chacha Curra. ¡Viene Paloma! *(La música no ha dejado de tocar.)*

TELÓN

ACTO CUARTO

La misma decoración del primer acto. Es por la mañana, a la misma hora, la misma luz.

ESCENA I

PALOMA, sentada ante el escritorio, rompe unos papeles y apunta. RAFAELA, por el foro, con sombrero, viene de la calle y trae dos paquetitos.

PALO. ¡Hola! ¿Ya?

RAFA. Ya.

PALO. ¿Se quedaron contentos?

RAFA. ¡Figúrate! Pobrecitos. Luisito me dijo: "Dile a mamá que, cuando vuelva de Londres, me traiga un balón de "foot-ball", pero muy grande y muy bueno. Y que riña mucho a papá, porque no ha venido."

PALO. ¿Eso te dijo?

RAFA. Eso.

PALO. ¡Pobre mío! Pues mira, le compras el balón

esta tarde y se lo llevas. Y algo al otro también; unos soldaditos a Manolín. *(Llora.)*

RAFA. No llores, mujer.

PALO. ¡Y que no te vean! Le dejas los regalos al padre rector; pero que no te vean; se entristecerían otra vez. ¡Pobres hijitos!

RAFA. Bien, bien; pero no llores. *(Pausa.)* Aquí tienes: la cinta morada, la colonia y los bigudís para tus rizos.

PALO. ¿Las camas?

RAFA. Aquí las tengo también. Dormiremos el día siguiente en París. Salimos a las ocho y cuarenta. ¿La ropa blanca toda en un solo baúl, no es eso?

PALO. Sí; en el baúl ropero más chico.

RAFA. Bueno. Voy. ¡Pero no llores, mujer, no llores!

PALO. ¡Si no lloro, tonta! *(Rafaela le besa en la frente y hace mutis foro.)*

ESCENA II

PALOMA, escribiendo; JAVIER foro.

JAVIER. ¿Se puede?

PALO. ¡Hombre, Javierito! Buenos días.

JAVIER. Buenos días, Paloma. ¿Has descansado? ¿Cómo va desde ayer?

PALO. Psé, bien.

JAVIER. ¿Cómo te ha recibido tu casa?

PALO. *(Se encoge de hombros.)* ¡Ya ves! Todo está igual, pero... ¡todo diferente! Es la primera vez en tantos años que me siento aquí. *(Se levanta.)* Otro debiera sentarse.

JAVIER. Ese otro...

PALO. No hablemos de él, te lo ruego. Si algo pudieras contarme, no me lo cuentes mejor.

JAVIER. ¿De veras que no quieres saber nada de tu marido?

PALO. Basta ya, Javier. No cambio de conducta; pero no lloro ya. Estaba, Dios lo sabe, lo estuve siempre, dispuesta a perdonar; pero para lige-

reza, para locura, es ya demasiado tiempo. Sé que no debo esperarle, y ya no espero... sino que crezcan mis hijos.

JAVIER. Sin embargo...

PALO. No, Javier. He pensado mucho en él, y pienso tanto que ya no quiero hablar. He leído su último libro; uno solo, ya ves en un año; he hablado siempre de él con el doctor Alegre, allá en Buenos Aires, con Rafaela, oyéndola despotricar... Ya no quiero. Resignación tan sólo, es poco; necesito algo más, me hace falta algo más: olvido.

JAVIER. Pero estás triste otra vez, Paloma. Ayer...

PALO. Ayer estuve alegre, porque llegaba... Tú no sabes: mi alegría empezó en tierras canarias, cuando te puse el cable anunciándote la llegada. Aquellas islas fueron para mí como el saludo de España, como una avanzada de mi patria. ¡Había estado tan lejos!...

JAVIER. ¡Eso no! ¿América del Sur no es España?

PALO. Te diré; sí, es... es Nueva España, eso es; ¡y acaso demasiado nueva!

JAVIER. Tengo entendido que Buenos Aires...

PALO. Una gran ciudad, desde luego; pero más que una ciudad, "la babel en donde todos se comprenden", que dijo Rubén Darío; un idioma español, de origen claro, pero sin su acento y luego, en los trasatlánticos, vocablos de todas partes, y gente de todas partes y un chapurreo de todas las lenguas; así, cuando oí en Canarias un acento regional de los nuestros, no sé, me pareció que volvía a tener historia, antepasados, abuelos, raza; que volvía a meterme en mí. En Santa Cruz de Tenerife subió mucha gente a bordo, y hubo fiesta, y toqué en el salón. Toqué como una loca; todas cosas españolas: Albéniz, Falla, Granados..., ¡con un júbilo! ¡Me parece que nunca he tocado mejor! Después... ¡Cádiz! ¡Blanco, blanco, bajo el azul casi negro del cielo caliente, porque negro parece, por contraste! ¡Recorrer aquellas callejas

sinuosas y pinas! ¡Y el aire de las gentes, a la vez amable y pícaro, zumbón y hospitalario; toda la Andalucía de mi origen y de mi sangre, que venía a mi. Fuimos, con Rafaela, a un merendero a la orilla del mar: nos sirvieron pescaíto frito: boquerones, soldaditos de Pavía..., ¡y fué como si comiese... no sé..., así, como si me comiese mis recuerdos infantiles! ¡Tú no sabes! Luego en el hotel, al encender la lamparilla de alcohol para rizarme, la primera caja de cerillas españolas... ¡No tienes idea qué sensación! Y el primer cambio, la primera vuelta en dinero nuestro, un duro... ¡Tú no sabes! Claro que es pueril, ridículo, inocente todo esto, y sin embargo...

JAVIER. Sigue, sigue. Me encanta oírte.

PALO. Y, a los dos días, Madrid; Madrid corriendo como una "film" en el cristal del "auto", desde la estación del Mediodía hasta aquí; los árboles familiares, la fuente de Neptuno, la Cibeles, la Puerta del Sol; Madrid que me daba un beso largo, largo, como los besos de "cine"; este Madrid, donde al cabo del tiempo, y no mucho, nos parece a todos los que lo vivimos que hemos nacido en él; este Madrid incomparable que se nos adentra en el alma, que borra todos nuestros recuerdos anteriores, como si no hubiéramos visto nada antes que él, como si no hubiera otras ciudades, como si él sólo, Madrid, y nada más que Madrid, fuese todo el Mundo. *(Pausa.)* ¡Y ahora, ¡ay!, tener que dejarlo!

JAVIER. ¿Pero insistes en ello?

PALO. ¡No que no! ¿Pues qué he de hacer, Javierito? El primer concierto en Londres es el sábado. Ya ves. He pasado la noche con mis hijos. ¡Tan míos! El mayor ya parece un hombrecito. Triste, serio, ¡con una pena en los ojos! Como si yo le hubiera transmitido la mía. Esta mañana se los llevó Rafaela al colegio otra vez. No he querido que vieran los preparativos de viaje. Salimos Rafaela y yo esta noche,

JAVIER. Tú no te vas, Paloma.
PALO. ¿Qué dices?
JAVIER. Tú no te vas.
PALO. Pero ¡hombre de Dios!, si está firmado el contrato.
JAVIER. ¡Bah, qué importa! Pagas la penal, indemnizas; dinero te sobra para ello. No te pueden obligar. Pagas... lo que sea; pero no vas.
PALO. Es que...
JAVIER. No te vas, Paloma. Yo no quiero que te vayas.
PALO. ¿Que tú no quieres?
JAVIER. Yo, sí; alguna vez llegaría la hora en que yo, con fuerza, quisiera o no quisiera algo. Y ahora..., ahora no quiero que te vayas; no quiero... ¡Quiero que te quedes!
PALO. Bueno, ¿y por qué? Yo no sé lo que oigo, ¿por qué?
JAVIER. Pues vas a saberlo, vas a oírlo, y te ruego que no me interrumpas. Bastante he callado, y bastante he sufrido y has sufrido tú...
PALO. Yo sí; pero...
JAVIER. Te ruego que no me interrumpas. Necesito hablar, y si me interrumpes no podría. Necesito que me oigas. Tú no puedes llevar esa vida de trabajo; tú no puedes vivir lejos de tus hijos...
PALO. Perdona...
JAVIER. Aguarda, te lo ruego. Yo no voy a hablarte de tu marido, puesto que tú no quieres que te hable de él; tú me lo has dicho...
PALO. Sí, y te lo repito. Necesito olvido...
JAVIER. Pues bien, eso quiero: olvido; pero ha de ser absoluto, y sin que se marchite tu juventud, ¿me oyes?; tu juventud, que yo no quiero, no quiero, no quiero que se marchite. ¿Me entiendes? ¿Me oyes? ¡No quiero!
PALO. Te oigo... y no quisiera oírte.
JAVIER. ¡Pues me tienes que oír! Es toda la amargura de un sacrificio, de un renunciamiento inútil que habla en mí, como si despertara de un sueño malsano y dañino; porque los tuyos y los

míos, allá en Sevilla, acuérdate, querían que nos casáramos...

PALO. ¡Javier! No sigas, yo no...

JAVIER. Sigo, y me oyes... Querían que nos casáramos, y yo no quise, porque tú no me querías de amor... y temía no hacerte feliz, y has sido infeliz con otro...

PALO. Javier, calla, te lo ruego...

JAVIER. Y ahora quiero que seas feliz, y quiero serlo yo, y te ruego que no te vayas.

PALO. ¡¡Oh!!

JAVIER. Que no te vayas. Yo te adoro.

PALO. ¡Javier! Pero ¿tú no sabes lo que dices?

JAVIER. Lo que digo y lo que siento. No; déjame hablar. Yo te adoro con el mismo amor de entonces, con todos mis nervios, con toda mi sangre, con un amor que ha crecido templándose en el sufrimiento, en el tuyo y en el mío, yo...

PALO. Calla, calla..., ¡eres un miserable!

JAVIER. Paloma...

PALO. ¡Un canalla! A ver si va a tener razón mi hermana Rafaela. ¿Pero... de... de qué barro infame estáis hechos los hombres, que, ante un egoísmo ciego de vuestros sentidos, atropelláis por todo?

JAVIER. Yo te juro...

PALO. ¡Calla! ¿Qué cariño es el tuyo, que, por satisfacerse, no repara en manchar a la que quiere? ¿Qué amor es el vuestro, que no tiene estimación por quien ama? ¿Yo no soy tu amiga? ¿Por qué quieres perderme? El, ¡Manuel! Mi Manuel, porque es mío, mío todavía, ¿entiendes?

JAVIER. ¡Ah!

PALO. Mío, como yo soy suya. ¿No es tu amigo? ¿Por qué no tienes reparo en deshonrarle?... Vete, vete... Tú eres ahora, tú, el mayor dolor de mi vida, el desengaño más negro. Vete, vete de esta casa para siempre.

JAVIER. Basta, Paloma. Son demasiado latigazos; basta, un momento. Ahora veremos quién es mejor, más sano y más sincero de los dos.

PALO. Pero ¿aún lo dudas?

JAVIER Ahora vamos a verlo. Yo saldré de esta casa para siempre, para no volver; pero según sea mi partida, ella dirá de los sentimientos de cada uno. Yo he mentido.

PALO. ¿Ahora salimos con eso? ¿Esto más? Pero, ¡Javier!

JAVIER. Yo he mentido. No quiero que te quedes para mí.

PALO. Pero entonces...

JAVIER. Espera, espera. No me ha costado trabajo mentir; porque al decirte mi amor... no mentía... *(Movimiento de Paloma.)* Aguarda. Pero quería que tú lo rechazaras; temblaba deseándolo, esperándolo; pero no basta decirle a un hombre no te quiero si no se agrega... ¡quiero a otro!... Y tú quieres a otro, a otro, a Manuel.

PALO. Javier, te suplico que salgas.

JAVIER. ¿Para ir a buscar a Manuel?

PALO. ¿Qué dices?

JAVIER. Digo... Supón que Manuel está aquí...

PALO. ¡No, Dios mío!

JAVIER. Aquí, a cien metros, en un café, aguardando mi respuesta; y que todo esto ha sido una estratagema para saber de ti, para rasgar el velo.

PALO. No es posible... ¡Señor!

JAVIER. Para romper este velo de dignidad nueva y postiza que oculta tus sentimientos y poderle llevar la verdad de tu corazón...

PALO. Pero, ¿es cierto? Habla. ¿Es cierto?

JAVIER. Sí; Manuel ha vuelto; viene herido...

PALO. ¿Herido?

JAVIER. Herido en el alma, desengañado, vendido...

PALO. Calla, calla, no me digas cómo viene, no me cuentes dolores que yo no le he causado; puedo consolar sin saber; puedo perdonar, pero no quiero saber... Si está aquí, si está solo, como esté, lo único que me importa es que esté solo... Si está solo, vé por él.

JAVIER. ¡Paloma!

PALO. Vé por él pronto, pronto. Dile que su compañerita le aguardó siempre, que le espera... y... Pero no, no; ¿no es posible?

JTVIER. Es, es. Ahora vas a verlo; pero verás también que tu amigo, vuestro amigo, no era un miserable.

PALO. Perdóname, Javier.

JAVIER. ¿Me das un abrazo de amigo?

PALO. *(Va hacia él y se arrepiente.)* No, ahora no. Cuando lo traigas, cuando venga. Delante de él. Es más leal.

JAVIER. Voy por él, Paloma. *(Mutis.)*

PALO. *(A la puerta.)* ¡Corre! ¡Y Dios te bendiga! *(Baja al centro de la escena.)* ¡Señor! ¡Señor! ¡Virgen Santa, dame valor, que el corazón se me salta en pedazos y me ahoga! *(Cae en una silla, llora, piensa y se levanta de pronto.)* ¡Rafaela, Rafaela!

ESCENA II

PALOMA y RAFAELA, lateral.

RAFA. ¿Qué te pasa, mujer?

PALO. Ponte el sombrero, pronto, y vé al colegio de los niños y tráelos.

RAFA. ¿Que los traiga ahora?

PALO. Ahora, sí, y ya tardas en irte.

RAFA. ¿Pero a tus hijos ahora?

PALO. Sí, son el anzuelo, el cebo, la defensa, la razón suprema. Anda, tráelos...

RAFA. Pero ¿qué ocurre?

PALO. Que han de ver a su padre, que Manuel ha vuelto.

RAFA. Pero ¿estás loca?

PALO. Loca, sí; loca de alegría. Anda, anda, no tardes.

RAFA. Pero ¿qué van a decir en el colegio, sacarlos ahora, otra vez, cuando los acabo de llevar?

PALO. Dices que ha venido su padre, que quiere verlos, que quiero yo.

RAFA. Pero explícame. ¿Cuándo ha venido Manuel? ¿Cómo?

PALO. Ahora, viene ahora. Javier ha ido a traerlo.

RAFA. Pero ¿y nuestro viaje?

PALO. No nos vamos.

RAFA. ¿Y el contrato de Londres?

PALO. Se rompe.

RAFA. Pero ¿es que piensas juntarte con tu marido? ¡Yo no puedo creerlo! ¿Es que vuelves a vivir con él?

PALO. Sí, Rafaela. ¡Le quiero!

RAFA. ¿Después de lo que te ha hecho?

PALO. Después, y antes, y siempre. Tú no sabes lo que es un amor de hombre para una mujer como yo, porque no eres una mujer como yo. El cariño nuestro no depende del ajeno, sino de nosotros tan sólo.

RAFA. ¿Se puede querer a quien no nos quiere? ¡Es una insensatez!

PALO. ¡Se puede, Rafaela, se quiere! El cariño del amigo, sí puede perderse por la conducta del amigo; el de la hermana, el de la hermana también, ya ves; el del marido, no; y yo estoy enamorada de mi marido. Mira tú qué absurdo y qué vergüenza. ¡Pues sí, estoy enamorada de mi marido, y mi amor no depende de él, ni de mí! Porque él sea malo, y me olvide, no cambian ni el color de mi pelo, ni el color de mis ojos, ni los sentimientos de mi corazón. Soy morena... porque soy morena, y me quiera o no, me engañe o no, sigo siendo la misma; estoy enamorada, y no sé más. Corre, vé, tráeme a mis hijos.

RAFA. Bueno, estás fuera de ti. Yo no puedo obedecerte sin que reflexiones.

PALO. No tengo nada que reflexionar.

RAFA. ¡Ah! Si en España hubiera el divorcio, y a tiempo hubiéramos podido...

PALO. Sería igual. El divorcio, para los letrados, para los sociólogos, para los novelistas; para mí, no; para mí no es un conflicto de leyes, sino de

alma, y yo soy española y cristiana, y para mí lo que Dios ata en el cielo no lo rompen ni la firma de un notario ni la toga de un juez. ¡Vé por mis hijos!

RAFA. Pero ¿es que no tienes vergüenza, ni honor, ni dignidad?

PALO. ¡Soy mujer! Y tengo otra idea, y otra noción de la vergüenza y de la dignidad, y no puedo sentir el concepto del honor como el hombre. A nosotras no nos pone en ridículo ser engañadas; no nos deshonra, nos entristece y nos mata, y no es lo mismo. Nosotras, las mujeres, no odiamos nunca al que amamos de verdad un día. ¡Nunca, nunca! Contra la rival, todo; contra el que queremos, nada. A ellos, al hombre, la traición y el engaño los hiere en el amor propio; a la mujer buena, que no tiene amor propio, nos hiere en el corazón. Nadie más que mi marido puede restañarme mi herida. ¿Viene? Lo esperaba, lo espero, lo recibo, y basta. ¡Vé por mis hijos!

RAFA. Voy, y acaso será la última vez que los acompañe. Yo no podré vivir contigo.

PALO. Lo siento; pero yo me casé para vivir con mi marido.

RAFA. Vendrá otra. Una institutriz, y seguramente guapa, y seguramente te engañará con ella...

PALO. ¡Y volveré a perdonar!

RAFA. ¡Pero, hermana!

PALO. ¿Qué? Volveré a perdonar. Esa es mi ventaja, que yo puedo perdonar, y ésa mi única grandeza frente a él. De las torpezas de sus sentidos, de la aventura, del devaneo, se limpia el hombre con un baño perfumado; pero no hay agua lustral que limpie a una mujer de un mal pensamiento. Y yo no lo he tenido. Vé, vé, no me desesperes; vé.

RAFA. Voy, mujer, voy. ¡Cómo ha de ser! *(Mutis.)*

PALO. Cómo ha de ser. Como debe ser, como es, como no puede dejar de ser. ¡Dios mío, Dios mío!... *(Se pone a arreglar la habitación.)*

Aquí, su coñac..., sus flores..., su pluma..., sus lápices..., sus cuartillas... ¡Como antes, como siempre!... Pero... ¿vendrá? ¿Vendrá? *(Corre al ventanal y apoya la frente en los cristales.)*

ESCENA ULTIMA

PALOMA, y por el foro, JAVIER, con el sombrero puesto, y MANUEL, que se apoya en la mesa, descubierto, con el sombrero en la mano, baja la cabeza, presa de una emoción intensa, que le paraliza la palabra y la acción.

JAVIER. ¡Aquí lo tienes!

PALO. *(Volviéndose.)* ¡Manuel! *(Corre hacia él, saltando, graciosa y ágil, los muebles que encuentra a su paso, y le acaricia la frente y el cabello y la cara con un gesto maternal y tierno.)* ¿Cómo estás, vida mía? *(Lo lleva al sillón que hay en primer término derecha y allí lo sienta.)*

MANU. Paloma...

PALO. Calla, calla... Ni un recuerdo, ni una disculpa, ni un reproche... Nada ha ocurrido... *(El mira en derredor.)* ¿Qué miras? Es tu casa, tu despacho, tus cosas. ¡Todo te esperaba!

JAVIER. Bueno; y yo he cumplido mi misión, y ahora...

PALO. *(Va a él y lo abraza. Manuel tiene, sentado, la cabeza entre las manos.)* ¡Gracias, amigo de nuestra alma! ¡De todo corazón! *(Javier hace mutis, enjugándose una lágrima, y, mientras, Paloma dice a su marido, yendo a él:)* Es tu amigo, Manuel; tu casa, tu mujer, tu vida, que empieza de nuevo... *(Lo acaricia.)*

MANU. Paloma. Haces honor a tu nombre. ¡Mi Paloma! Me traes en el esponjado plumón del buche tibios temblores de amor, y en el ágata rosa del pico, el verde olivo de la paz.

PALO. ¡Literato! ¡Calla, calla, mi vida! Ahora vendrán tus hijos. ¡Nuestros hijos, Manuel!

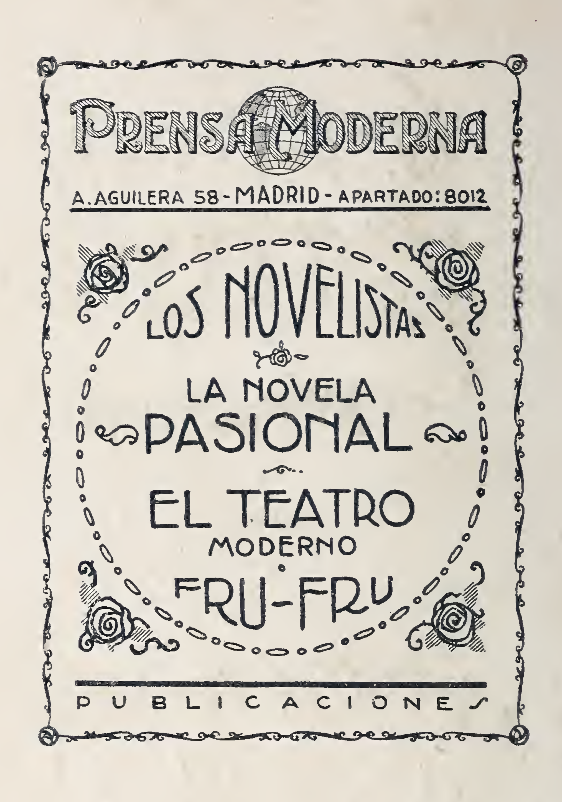
TELON

J.-H. ROSNY JNE.

DE LA ACADEMIA GONCOURT

LA CORTESANA APASIONADA

NOVELA DEL LUJO
Y DE LA VOLUPTUOSIDAD
PARISINOS



Imp. Sáez Hermanos.
Norte, 21. — Madrid.